



EL DIARIO

La Paz, Domingo 4 de Octubre de 1953

Sotomayor Valdés en la Historiografía Boliviana

por

CIRO FELIX TRIGO

TOYNBEE, al prolongar su monumental obra no deja de mencionar una deuda con su madre, quien orientó por vez primera sus pensamientos hacia la historia al ser ella misma historiadora". Este testimonio prueba, en gran manera, que la historia es ciencia y arte que tiene esencias ancestrales y que conviene cultivarla desde la cuna. Sotomayor Valdés, oriundo de un país de eminentes historiadores, respondió magníficamente a su origen y, aunque vino a Bolivia para cumplir funciones diplomáticas, dió libre curso a su inspiración y aptitud de historiógrafo. Fruto de sus inquietudes, trabajos y meditaciones, son sus libros "Estudio histórico de Bolivia bajo la administración del general don José María de Achá". "La Legación de Chile en Bolivia", "La Campaña de 1837" a "Historia de Chile bajo el gobierno de don Joaquín Prieto", obras las dos primeras sobre Bolivia y las últimas estrechamente vinculadas con acontecimientos que cambiaron radicalmente el desarrollo ulterior de nuestro país.

A la revisión de nuestro pasado se han dedicado varios autores nacionales, unos con más fortuna que otros; pero, en líneas generales, con mínima y muy honrosas excepciones, no podemos sostener que Bolivia descuelle como colectividad que cultive la historiografía. De ahí que, la aportación sistemática, profunda y certera que ha correspondido a un ilustre hijo del país de Arauco, adquiera relieves de mayor magnitud. Además, la percepción de los fenómenos, cuando ellos son considerados con la lejanía que proporciona el no estar entreverado en los sucesos ni enceguecido por la pasión, el orgullo o la fiebre de las actuaciones que quitan a la mirada la serenidad de juicio indispensable para toda crítica, permitieron a Sotomayor Valdés, con la libertad y completas inmunidades de que gozaba en un medio transido de pavor y turbado por las persecuciones, dejar una constancia fidedigna de acontecimientos en los que fué invalorable testigo y probo juez.

Al decir de un escritor español, "una nación merece mirarse desde lejos, desde una gradería apartada e imparcial; así es como surge la síntesis deseada, y puede lograrse la clave del problema histórico". Esto, exactamente, le correspondió realizar a Sotomayor Valdés. Su "Estudio histórico de Bolivia", elaborado con la finalidad principal de trazar el cuadro general de la administración del general José María de Achá constituye, en rigor, una obra completa aunque compendiada de la historia de nuestra Guerra de Independencia y de la vida republicana hasta 1861. "La general y suma ignorancia que reina en todo lo que respecta a esta nación, —puntualiza el historiador— que parece colgada en los abismos de su suelo y tiene en su historia social y política abismos no menos pavorosos, nos ha hecho pensar en la necesidad de ofrecer al público cuanto antes esta parte de nuestros estudios sobre Bolivia, puesto que abarcando ella una época reciente, tiende a presentar la república boliviana, tal cual es, y entraña, por tanto, un interés contemporáneo y de utilidad práctica, pues para el desarrollo y cultivo de las múltiples relaciones de los hombres y de las naciones entre sí, impórtales más saber lo que son, que lo que fueron".

El análisis de la administración de Achá es enjundioso y completo. No solo se refiere a los actos de gobierno. Va más lejos, pues penetra en consideraciones de orden filosófico—institucional, calando hondo sobre nuestra problemática constitucional. Luego de describir los textos fundamentales con los que contó la República hasta 1861, enjuicia la Carta Magna de este año, a la que con gran ponderación estima, como "liberal y cautelosa Constitución". "El Congreso de 1861 escribió leyes: —anota— pero los sucesos que muy poco después sobrevinieron, probaron demasiado que aquéllas leyes, incluso la Constitución, fueron escritas en la arena".

En cuanto al carácter del gobierno que estudia, su apreciación es cabal cuando expresa: "Anheloso del bien público, Achá procuró desde su advenimiento al poder, rodearse de hombres buenos, y compartió con los hombres de inteligencia e ilustración la difícil empresa de levantar a la nación, postrada por las calamidades de la guerra civil y del despotismo; y aunque no siempre fué feliz para elegir a los colaboradores de tan ardua tarea, es innegable que, por punto general, el pueblo boliviano no vió al frente de sus destinos a magistrados de quienes pudiera ruborizarse".

"La Legación de Chile en Bolivia", que "rompe la reserva tradicional en que se esconden los legajos que se refieren a nuestras relaciones exteriores", persigue la noble finalidad de mostrar "verdades cuya publicidad reclaman de consuno la historia, la sana política, el criterio imparcial de las sociedades y de los gobiernos y la conveniencia de los pueblos".

Es un diario de sucesos llevado admirablemente por un acucioso investigador, un diáfano narrador y un profundo pensador que, momento a momento, subraya los extravíos en que cotidianamente caía el régimen de Melgarejo, calificado por el autor como "el gobierno más impopular y aborrecido que jamás tuvo Bolivia".

Los relatos, auténticos y frescos, de los actos gubernamentales del más sombrío de nuestros caudillos bárbaros, están compuestos de rasgos patéticos, de actitudes siniestras y de confidencias dolorosas hechas en servicio de la verdad. De sus narraciones emerge la torpe y afrentosa tiranía que aplasta, befa y escarnece a todo un pueblo durante 6 largos años. El poder público convertido en orgía por un gobierno detestable que desoye los justos clamores de un pueblo víctima que, pese a su inermidad, provoca la eclosión intermitente que entraña la sorda protesta de su disconformidad.

La Paz, "ciudad rica, bien poblada, bulliciosa, altiva, fué sumida en profundo silencio", según nos refiere Sotomayor Valdés. "Por la primera vez — dice — contemplamos una sociedad entera que anda en puntillas y habla en secreto. Allí estaba el Gobierno con su **grande e invencible ejército de Diciembre.** El tambor y el clarín y los ejercicios militares habían convertido la ciudad en un campamento; la vida civil parecía un contrabando, la vida política era apenas un cuchicheo". Tal es el melgarejismo, implantado como sistema de barbarie política y desenfrenado militarismo.

Seguro de que únicamente mediante el propio conocimiento se puede juzgar con rectitud a los hombres y a los hechos, Sotomayor Valdés al venir a Bolivia, según propia declaración, nos confiesa que tomando su puesto de observador, "se impuso la regla filosófica de Descartes: dudar de todo, para llegar a creer bien en algo". Con la divisa "iremos y veremos", llegó hasta nuestras montañas, ávido de conocimientos, en busca de antecedentes, documentos y datos que orientaran su labor diplomática e ilustraran su criterio. "Sabíamos muy bien —sostiene— lo que son las pasiones políticas, y cómo la humareda que de ellas se desprende, es capaz de eclipsar el sol del mediodía y fraguar mirajes engañosos". Quería, ante todo, ser objetivo y veraz, virtudes esenciales en quienquiera actúe en el campo de la investigación social.

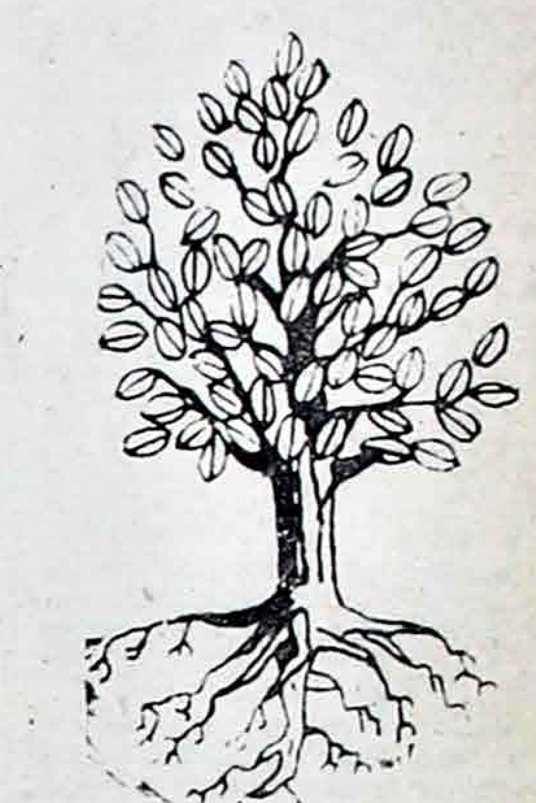
En Sotomayor Valdés se conjuga la capacidad para encarar y compulsar el todo de la vida con la unidad de visión para mostrar el complejo acontecer nacional. Inspirándose en el espíritu de la nacionalidad, está dotado de la condición esencial del gran historiógrafo: manejo admirable de los documentos, interpretación ajustada a la realidad y expresión literaria de primera calidad. Se caracteriza por la precisión, la severidad y la brillantez de los historiadores clásicos, siendo certero en la descripción, agudo en la crítica, cautivante en la forma y constructivo en el fin.

Lo principal es hacer inteligible nuestra historia a las nuevas generaciones para que puedan comprender el por qué de tantos cambios intempestivos y violentos la plétora de revoluciones y las permanentes quiebras del proceso evolutivo normal que debiera realizarse con la finalidad de producir adecuadas transformaciones estructurales en nuestras instituciones. En rigor, fundamentalmente requerimos profunda educación cívica, sustitución de malos hábitos por la práctica de sanas costumbres, inspiradas en la verdadera democracia, que respondan a las crecientes exigencias de la nación. Nos urge poner en ejecución la real democracia, que es de esencia evangélica y tiene por motor el amor, según el sabio principio de Bergson, a objeto de aplicar la intuición cristiana a la fraternidad de todos los bolivianos, primordialmente, y de la humanidad también, como ideal común que debe agruparse y guiarnos.

Los episodios nacionales, dramáticos y cargados de tensión trágica, nos muestran como una colectividad permanente convulsionada, anhelosa siempre de profundas transformaciones; pero demasiado impaciente para alcanzar el progreso que la civilización y la cultura nos pueden proporcionar a un ritmo acompasado. De ahí los frecuentes trastornos en diversos órdenes de la actividad, que invocando la necesidad de trocar todo, sólo significan muchas veces actitudes negativas y de mera agresividad que ocasionan resultados contraproducentes.

La historia boliviana, enmarcada dentro de la historia del continente, tiene la calidad agónica que diría Unamuno, en la que la lucha para avanzar y conquistar nuevos estadios en los planos políticos, económicos, sociales y culturales, constituye el signo esencial de nuestro tiempo.

Sotomayor Valdé fué un perspicuo historiador que supo adentrarse en la trama de nuestra realidad, habiéndonos legado perdurables enseñanzas. De ahí que merezca que honremos su memoria.



FERVOR DE AMERICA

DE LA DETRACCION Y EL INCONFORME

por

HUGO DAVILA

LA detracción en torno a la raza, en la América Hispánica, es un ejercicio que cada generación practica con incansable encono y deleite. No nos extrañe, entonces, que se haya hablado hasta el cansancio sobre nuestra ineptitud, sobre nuestro escaso rendimiento, sobre nuestra ignorancia, en fin, sobre nuestra pereza.

Por mi parte creo que este ejercicio de vilipendio, a menudo, no es sino un sentimiento de insatisfacción y, también, desgraciadamente, de resentimiento. Pero hay algo imperdonable en quienes tomaron para sí esta tarea de autopsia y censura depresivas, y es la notoria falta de información y justiprecio que hacen sus autores. Arguedas no tuvo freno en su verbosidad intolerante, ni Bunge, ni Zumeta, exponentes de este filosofar cancelatorio de lo americano. Y Europa acostumbrada a la síntesis y respetuosa de lo que se publica en forma de libro, tomó el cómodo partido de vernos a través de esos análisis coléricos durante las primeras décadas de este siglo.

Infelizmente lo que debía analizarse no saltaba a la vista, y lo que todos veían no era sino un estado de turbulencia continental, de asonadas y caudillismos criollos. A través de esto, sin reflexión ni hondura, se hizo literatura barata hablando de degeneración racial, de incapacidad, de rendimiento escaso. Lo que no veían era nuestra juventud, en lo que no se reflexionaba —gravísimo error—, era en el sentido en que nuestra expresión comenzaba a cristalizar, a través de nuestros humanistas, de Sarmiento, de Bello, de Martí, de Hostos, gigantescos creadores de patria y cultura. Hombres, todos ellos, de acción y saber, cuya labor no se circunscribió al gabinete de estudio sino que tomó el partido de forjadores de nacionalidad.

No se diga que la América Hispánica no ha dado un Leonardo, un Goethe, ni siquiera un Emerson, porque esto es pueril. Leonardo, Goethe, Emerson están dentro del sentido peculiar de sus pueblos. Su madurez, es fruto cenital de una larga y dolorosa evolución. El nuestro —hoy que repetirlo hasta el cansancio—, despunta en Sarmiento, en Hostos, en Martí, en Bello. Sólo dentro de esta corriente podemos hablar de Humanismo con mayúscula, de cultura, de literatura. Nuestra modalidad, a que decirlo, difiere radicalmente de la europea, de la norteamericana. Nuestros menesteres reclaman no el juicio ligero sino la reflexión ahincada en dichos mentores que han dado el paso firme y justo hacia el logro final de una expresión y una forma de vida intransferibles.

No ...

ción ha sido tarea privativa de un Arguedas, de un Bunge, de un Zumeta. También Hostos, Sarmiento, Martí, tuvieron que destruir antes de edificar, pero el abismo fundamental que separa a unos de otros, aparte la talla gigantesca, fué que éstos no desestimaron, al hacer sus críticas, el decoro ni carecieron de fe. Su crítica era sangrante, pero su prédica era esperanzada. La pujanza les impedía ser fatalistas. Buscaban un surco, lo encontraron y sembraron en él su doble mérito de acción e inteligencia. Su lucha tiene originalidad irrebatible; no es aventurado, por tanto afirmar, que nada hay de comparable a su empeño. La América Hispánica es algo y es todo a través de esos hombres; sin ellos quedamos a ras de toda latitud universal.

Sarmiento encontró un continente pugnando entre la barbarie y la cultura y allí sembró; su inteligencia creadora sería manca sin su acción civilizadora. Martí hizo de la libertad su mística y murió empuñando las armas, dejándonos su ejemplaridad y su prosa, única en América. Bello reorganizó la educación en Chile que la distingue, investigó el saber y trasmitió, desde Londres, la cultura europea. Hostos nos dejó el perfil sin mancha de su ciudadanía instructora. Todos ellos vivieron, al decir del maestro, "en los tiempos duros en que florecían los apóstoles genuinos en nuestra América".

No fueron detractores; eran inconformes. Gentes a quienes América les dolía. Emprendieron su brega sin emitir un solo grito de desesperanza, buscando la verdad porfiadamente. Tenían en la mano el cetro de la fe y la acción constructora, y en el corazón la divisa del decoro y la dignidad humana.

Así son los maestros de nuestra América, hombres de la madera más fina y más recia. Muy diferentes fueron las generaciones posteriores; el inconforme se hizo detractor, y el verbo de los maestros quiso sustituirse con el "estudio sociológico", terminante en sus conclusiones seudocientíficas, simple cacareo de provincia, de hoscos.

La reciedumbre de Martí, de Sarmiento, de Hostos, de Rodó, no hizo ejemplo inmediato. Se necesitó la perspectiva que deja el tiempo para su valuación. Y fué Pedro Henríquez Ureña quien definió sus enseñanzas y su mensaje, inculcándonos su orientación.

Javier Fernández acaba de hacer una bella semblanza del maestro; de ella transcribo las palabras que siguen: "como siempre, Pedro Henríquez Ureña, no predicó sólo con la palabra, o con la palabra escrita: a la juvenil impaciencia que se demora en pereza sobre la página superficial, opuso el ejemplo de su austeridad y del rigor con que atendía las tareas de cultura; dió ejemplo de indiferencia para el éxito, de conciencia de modernidad, de sentido de la justicia. México le dió, en cambio, el perfil definitivo de su concepción americanista, y le hizo comprender, con los desasosiegos de aquella Revolución, que los males de nuestra América provienen especialmente de la entraña nihilista de conformidad (el "así somos: no hay remedio", que anula todo intento de bien y progreso; el pesimismo de los americanos sobre América es acaso el fermento y en ocasiones la única razón de sus continuos desequilibrios y del largo camino de frustraciones que es hasta ahora la tentativa de crear nuevas formas de vida, de hacer inteligible la idea de un mundo nuevo".

"Vino a establecerse definitivamente en la Argentina en 1924, y pronto pudo enseñar a los propios argentinos a reconocer sus virtudes y admitir sus defectos: defectos de improvisación en las tareas de la cultura, defectos del tremendo crecimiento material que ahogaba el crecimiento espiritual, defectos de una escasa conciencia política y social. Sostuvo que a la Argentina, como a todos los demás pueblos de la América Hispánica, la habían creado los criollos, que tuvieron, en el siglo XIX, una gran disciplina ejemplar que no suele ser recordada, a veces por mala fe, a veces por el mito de la supuesta indisciplina de todo americano para el esfuerzo firme. A los que pregonan la reivindicación de la cultura llamada indígena —aun en pueblos donde la tradición indígena ha dejado de existir o está en vías de extención—; a los que imponen el color criollo a toda cosa en América, como a los que sueñan con toda cosa importada de Europa, Henríquez Ureña les señala sus justificaciones, pero también sus limitaciones. Sería insensato creer que una forma de cultura puede elaborarse con ignorancia o desdén de otras formas que las que se halla en comunicación, según pregonan los adeptos a un nacionalismo cerrado, prontos a creer que el mundo nació con ellos. Pero advirtió sobre la necesidad de cultivar el nacionalismo espiritual, que nada tiene que ver con el nacionalismo político, sólo justificable, ocasionalmente, como defensa del sustancial, que es el cultivo de los matices originales de cada pueblo, de cada región; matices originales por nacimiento o por adaptación de formas ajenas. En países de tradición viva, como México, como Perú, como Bolivia, o en países de vida intensa, como Cuba, el problema de la expresión original es problema de integración; en los países donde no existe tradición con vigor suficiente, el problema es de adaptación. En ninguno de esos casos, repetía Henríquez Ureña, puede hablarse de descastamiento, sino de concepto de la universalidad de la cultura. La nota original de cada pueblo, de cada región, no puede ser inventada concediéndoles jerarquía a expresiones inferiores, localistas, confundiéndolas con los valores expresivos de una forma cultural; ni cabe imponerlas enfrentándolas a formas culturales ajenas, porque la cultura es signo universal, hecho de unidad y de continuidad, y en ningún momento puede herir la energía nativa de los pueblos que realmente la poseen. El camino de la expresión original es uno solo: el afán de perfección, la cultura dada efectivamente a todos, limpia y pura, y el ideal de justicia, inseparable del ideal de cultura".

Hasta aquí Javier Fernández para quien Pedro Henríquez Ureña fué el maestro en quien "se prolongó la herencia de los hombres apostólicos de nuestra América: Bello, Martí, Hostos, Montalvo, Sarmiento, Rodó".

La nota más grave que América deja ver, suele ser la natural timidez de su gente. Una timidez nacida y reiterada por misteriosas frustraciones; el sentimiento nativo resulta ser fácilmente humillable. No creo que sea la servidumbre colonial la que dejó como herencia la tristeza que dicen caracterizarnos. Hay un fondo de tristeza, de nativismo humillado, ciertamente, en nuestra América que brota como reacción por ciertas reprobaciones de lo americano: nos gusta hacer las cosas bien y, a menudo, no las hacemos sino a medias; nos encanta lo egregio y de nuestras manos sale lo imperfecto. Más que en una etapa de acción vivimos una hora de necesidades abrasadoras, de afanes e inquietudes espirituales. Si pudiéramos comprar cultura, toda la cultura universal, lo haríamos. Cada americano se siente llamado a una responsabilidad nueva: siente que Europa ha fracasado y que América es el continente de la esperanza.

Nada de esto es ajeno a los pueblos que tienen misión histórica. América seguirá caminando, a tientas, a empellones, en busca de su destino y su expresión. Aquí nadie tiene por qué desesperar, los caudillismos y dictaduras son meros sarampiones que cuestan sangre ciertamente, pero que pasarán. Entretanto la América Hispánica vive su hora de evolución, la hora en que sus hijos trabajan en silencio jardinando el saber, quemando la cizaña de la ignorancia, alumbrando nuestro ... don Pedro

JUAN RAMON JIMENEZ Y LA POESIA

—Aunque yo distingo en mi poesía cinco ciclos bien distintos, es una unidad —como que mi vida ha sido una función poética— y yo quisiera verla, no en libros, que siempre son sucesivos y crean la perspectiva de un pasado, sino presente y simultánea como un cielo estrellado. Ahora estoy preparando un libro que resuma toda mi obra: pero aun en el caso de un libro único, que haya que hojearlo página por página me atormenta. Es la desventaja de la literatura. Yo quisiera que toda mi poesía estuviera allí, como estampada en un muro circular que se vea de una ojeada. La plástica y la música actúan más rápidamente que la literatura. ¡Si se pudiera leer el *Quijote* con el placer instantáneo con que miramos *Las Meninas*! Porque siento mi poesía como un todo presente es que corrijo aun mi pasado. Mi corrección no es académica. Ni siquiera es voluntaria. Nunca voy a un poema mío para corregirlo. No voy a eso, a corregir. Lo que suele ocurrirme es que, a veinte años de escribirlo, un buen día se me presenta un verso reclamando una corrección. Yo había escrito "palpitantes y bellas". Ayer, al dictarle a mi mujer esa poesía antigua, le leí: "palpitantes de bellas". Es que antes no había logrado lo que quería. Otras veces corrijo quitando. Quito al poema lo que es opaco, lo que es mentido, lo que es estúpido. Antes yo escribía: "cual". Ahora, sólo "como". ¡Si nunca he dicho "cual"! El escribirlo fué algo pedante y pegado. Quiero decirle que intervengo en el pasado porque mi poesía sigue funcionando en mí (o, mejor, yo sigo en función de la poesía, porque yo no creo en el poeta, sino en la poesía). Pero no crea que me propongo corregir. Sólo por casualidad, cuando se me presenta un verso que me reclama. En realidad no corrijo ni siquiera en el momento de la creación. *Platero y yo* fué escrito casi sin leer lo que escribía, de un tirón. Cuando los críticos suponen que eso debió de ser una cuidadosa busca de efectos de estilo, un acendramiento de la expresión, se equivocan. Escribo con gran fluidez. Una poesía se deposita sobre el papel, entera. Mis prosas corren siempre con menos velocidad de lo que yo quiero decir. Mi gran problema es la fluidez. No me alcanza el tiempo para escribir lo que se me ocurre. He publicado poco. No habría prensas en el mundo que pudieran servir la rapidez de mi pensamiento. Por eso la forma de libro más adecuada a este modo de escribir sería la miscelánea: poesías, prosa... Y mi gran ideal ha sido disponer de un rincón de periódico donde yo, libremente, pudiera volcar, día a día, lo que voy viendo. Nunca lo pude conseguir. Cuando *El Sol* de Madrid me ofreció ese rincón quiso imponerme un tono ligero, dar a mis escritos un aire público. No acepté. Al dictarle a mi mujer —siempre he preferido dictar a máquina— por los costados de lo que estoy dictando empiezan a caer aforismos, observaciones, recuerdos, visiones. Todo eso va a unas cajas especiales. En España quedaron cantidades increíbles de esos papeles. Sé que los han robado. No me quejo. Es tan horrorosa esta guerra que sería un egoísmo de chiquillo darle importancia a sus efectos sobre mí: pura pérdida de papeles. Pero se lo digo para que vea usted cómo mi vida es una segregación de papeles anotados. A veces me despierto y en la oscuridad escribo líneas que al otro día me cuesta descifrar. No hay nada más fácil para mí que escribir. Mis poesías son breves porque creo que la poesía se da así, en rápidos toques, en unidades mínimas. He escrito hace poco un poema largo: "Espacio". En realidad es una rapsodia, una sucesión de momentos. Pero cada instante poético se da brevemente. Entre mis versos y mis prosas no siento diferencia, ni en el momento de escribirlos ni cuando los leo después. Ante todo, nunca me oigo cuando escribo. Nunca me leo en voz alta. Claro que el ritmo me da placer, pero el placer viene tan junto con todo lo demás que no puedo decir que sienta el ritmo del verso y el ritmo de la prosa. Creo que la única diferencia que siento entre verso y prosa es mi voluntad de hacer verso o mi voluntad de hacer prosa. Cuando hago prosa, me sale barroca si escribo, pongamos por caso, sobre el barroco Valle Inclán; o más sencilla, si la realidad a que atiendo me pone en esa sencilla disposición. Soy como un pintor, que no mojará el pincel en un color que no está en su visión. No prefiero ni mi verso ni mi prosa. Prefiero mi ensimismamiento, mi vivir para la poesía. Llevo una vida retirada Se ha dicho que soy un poeta en su torre de marfil. Tontería. Soy tan humano como cualquiera, y me interesa el banco de la plaza y las gentes y los temas de cada día. Pero no quiero apartarme de la orilla de la poesía. A veces pasan días opacos, sordos... no escribo ni podría escribir. Pero en cuanto toco la P... no me deja; y es un chorro de imágenes que no me da ... para escribir, ¡Torre de Marfil! Tontería. ¡Qué más quis... mi

y III

ANTECEDENTES DE LA REFORMA AGRARIA

CLASIFICACION DE LA PROPIEDAD AGRICOLA SEGUN SU MAGNITUD

por ARTURO URQUIDI

c) **Aspecto social.**— Desde el punto de vista social, el latifundio supone una honda división de clases (1) entre un sector que detenta la tierra como un privilegio, y otro —más numeroso— que carece de medios de producción y soporta un régimen de servidumbre en beneficio del anterior. La condición de la clase sometida es en todo semejante a la del **siervo feudal**. A cambio de una parcela de tierra, invierte gran parte de su tiempo en beneficio del propietario, ya realizando trabajos agrícolas, ya prestando servicio de carácter personal. El terrateniente, por su parte, fuera de percibir la **renta trabajo** de la clase sojuzgada, ejerce además un parcial dominio de propiedad sobre la persona misma del trabajador rural.

Quien trabaja la tierra, la fecunda y vivifica es el **campesino**, el siervo o **colono**. El propietario si no es un absentista inveterado y sistemático, tiene una ingerencia muy accidental y secundaria en el proceso de la producción. Como dice Mariátegui, "estos terratenientes por completo extraños y ausentes de la agricultura y de sus problemas, viven de su renta territorial sin dar ningún aporte de trabajo ni de inteligencia a la actividad económica del país. Corresponde a la categoría del aristócrata o del rentista, consumidor improductivo". (2)

Con el régimen de opresión que entraña toda servidumbre, el campesino indígena arrastra una vida de postración física y de achatamiento intelectual. Su vivienda es mezquina y antihigiénica; su alimentación deficiente, lo que ha determinado un estado de desnutrición que persiste y se acentúa al través de generaciones; adversas, en general, las condiciones sanitarias en medio de las cuales se desenvuelve su existencia, a cuya consecuencia la mortalidad es exagerada, principalmente en la infancia; su grado de cultura, en fin, es bajísimo, al punto que Bolivia marca uno de los índices más altos de analfabetismo en el mundo.

El campesino boliviano —indígena por antonomasia— sobrelleva, en una palabra, un estado de verdadera segregación social, sin ingerencia en la vida pública ni en la marcha general del país.

d) **Aspecto Político.**— Hay un nexo estrecho entre lo económico y lo político. Por eso Lenín decía, con gran profundidad, que "la política es la expresión concentrada de la economía". De ahí se infiere que, quienes tienen en sus manos los medios de producción, detestan también el poder público y desarrollan una acción política congruenta con sus intereses.

La dominación española instituyó el **latifundio** en la América, distribuyendo tierras y hombres entre los conquistadores y colonizadores. La clase criolla, gestora de la independencia política de los pueblos americanos, consolidó el latifundio y mantuvo el sistema feudal de explotación de las masas campesinas

Durante una larga etapa de nuestra historia republicana, el poderío político del latifundista criollo se yergue prepotente e indiscutido. Tal estado de cosas se prolonga más o menos incólume hasta fines del pasado siglo, época en la cual el capitalismo internacional irrumpe en la América Latina y convierte a Bolivia, juntamente con otros países en zona de influencia de las grandes potencias imperialistas.

La intromisión de este extraño y poderoso factor altera substancialmente la economía nacional. La extracción de materias primas, metalúrgicas principalmente, fomenta la actividad industrial y determina el crecimiento hipertrofiado de la minería. Consecuentemente, se desarrollan los transportes, adquiere impulso el comercio en sus dos ramas y se multiplican las empresas subsidiarias, confluyendo todas ellas hacia la minería.

Como consecuencia de este profundo cambio en las condiciones del trabajo social, aparece una nueva clase en la composición demológica del país: la sub—burguesía boliviana. Esta nueva clase, a medida que aumenta su poderío económico, se entrevera socialmente con los criollos y comparte con éstos las funciones políticas y la conducción del Estado.

Es conocido el fenómeno de que el desarrollo del capitalismo determina el aburguesamiento de la propiedad territorial, por el sistema de los créditos hipotecarios o la capitalización de la renta. "Cuando las condiciones del progreso capitalista otorgan un valor a la tierra y la capitalización de su renta puede lograr un interés mayor que la renta directa —escribe al respecto Boglich—, es la misma clase terrateniente la interesada en convertir sus propiedades o sea la renta capitalizada, en valores de interés fijo, en cédulas u otros títulos hipotecarios". (3).

De esta manera, al entrelazarse la propiedad del suelo con las formas de propiedad burguesa, se establece la alianza o mancomunidad de intereses entre las clases terrateniente y capitalista.

La política imperialista cohonesta y refuerza esa alianza, porque necesita congraciarse con las clases dominantes de los países sometidos a su influencia, para disponer de mano de obra barata en la extracción de las materias primas que le interesan y aprovecharse, juntamente con aquéllas, la plusvalía que rinden las masas trabajadoras nativas.

"Desde el momento en que nuestro país constituye un mercado para la producción de la gran burguesía extranacional que nos domina —escribíamos en otra oportunidad—, le convendría a aquélla elevar la capacidad adquisitiva de nuestro pueblo, lo cual sería posible solamente a condición de que se redima al indio y se mejoren las condiciones de vida de las clases medias, promoviendo una verdadera transformación agraria y la industrialización del país. Pero esto no se puede esperar, porque estando cada vez más entrelazados los intereses de las clases dominantes, el imperialismo no puede atentar contra los privilegios de las oligarquías nativas, que le prestan obsecuentes servicios en otros filones de explotación más importantes. Un autor bien informado sobre estas cuestiones decía al respecto: ... "el hecho de que en la nueva época ni una sola de las colonias o semi—colonias haya realizado una revolución democrática —sobre todo en el campo de las relaciones agrarias—, se debe por completo al imperialismo, que se ha convertido en el obstáculo principal para el progreso económico y político. Expoliando la riqueza natural de los países atrasados y restringiendo deliberadamente su desarrollo industrial independiente, los magnates monopolistas y sus gobiernos conceden simultáneamente, su apoyo financiero, político y militar a los grupos semi—feudales más reaccionarios y parásitos de explotadores nativos. La barbarie agraria artificialmente conservada es hoy día la plaga más siniestra de la economía mundial contemporánea" (4).

Latifundio y servidumbre, enraízados a lo largo de nuestra historia, han frustrado la redención de las masas campesinas y la democratización del país. Aplicable en absoluto al caso de Bolivia es esto que Mariátegui decía respecto del Perú: "El régimen de propiedad de la tierra determina el régimen político y administrativo de toda nación. El problema agrario, —que la república no ha podido hasta ahora resolver—, domina todos los problemas de la nuestra. Sobre una economía semifeudal no pueden prosperar ni funcionar instituciones democráticas y liberales". (5).

Con los antecedantes expuestos, el concepto de latifundio podría concretarse en los siguientes términos:

Considérase **latifundio** la propiedad rural de gran extensión, variable según su situación geográfica, que permanece inexplotada, o se halla explotada deficientemente, por el sistema extensivo, (6) con instrumentos y métodos anticuados que dan lugar al desperdicio de la fuerza humana; caracterizado además, en cuanto a la organización de la tierra, por la concesión de pegujales, sayañas u otras modalidades equivalentes, de tal manera que su rentabilidad, a causa del desequilibrio entre los factores de la producción, depende fundamentalmente de la plusvalía que rinden los campesinos en su condición de **siervos o colonos** y de la cual se apropia el terrateniente en forma de **renta—trabajo**, determinando un régimen de opresión feudal, que se traduce en el atraso agrícola del país y en un bajísimo nivel de vida de cultura de la población campesina.

El latifundio, conducido por el sistema de arrendamiento, agudiza las condiciones que lo tipifican, ya que entonces la percepción de la plusvalía que producen los campesinos, se desdobla entre el terrateniente y el locatario, empeñados ambos por obtener el mayor rendimiento posible. Por una parte, y por otra, pone en evidencia el papel meramente decorativo que el terrateniente juega en el proceso de la producción agrícola.

Pero todavía existe otra forma de latifundio que, desde cierto punto de vista, puede ser más censurable aún que los anteriormente señalados. Nos referimos a las grandes extensiones de tierras que permanecen incultas u ociosas. En este caso, si bien el latifundio no implica apropiación de plusvalía ni sometimiento servidumbral del trabajador campesino, en cambio impide que la tierra cumpla una función social, substrayéndola al proceso de la producción.

Además, el hecho de que esta clase de tierras vayan adquiriendo mayor valor debido al progreso social, sin que el terrateniente realice el menor esfuerzo de su parte, acentúa mucho más las características ingratas de esta forma de latifundio.

2) EMPRESA AGRICOLA O PROPIEDAD AGRARIA CAPITALISTA

Conviene dejar establecido, en primer término, que la economía capitalista existe aún en las formas de propiedad antes indicadas, puesto que todas ellas, en su mayor o menor grado, producen mercancías; es decir, producen para el mercado, para el poseedor de dinero. En este sentido, inclusive el pequeño propietario, que no emplea trabajo a jornal, se desenvuelve dentro de un régimen capitalista, si parte de su producción la convierte en mercancía, la transforma en dinero.

De manera que, al hablar en este capítulo de la "empresa agrícola o propiedad agraria capitalista", nos referimos a esa forma de propiedad en la cual "no sólo los productos del trabajo humano se han transformado en mercancías, sino también el propio trabajo humano"; a esa forma de propiedad en la cual la percepción genuinamente capitalista, cepción de la plusvalía se lleva a cabo por procedimientos genuinamente capitalistas, abandonando los de carácter semifeudal; a esa forma, finalmente, en la cual la explotación agrícola se realiza con el empleo de trabajo asalariado.

Esta clase de propiedad supone, por consiguiente, que el campesino o trabajador directo, no sólo carece de medios de producción (tierra e instrumentos de trabajo), sino que pierde toda relación con la tierra, se desarraiga completamente de ella, y se convierte en un simple "peón" que vende su fuerza de trabajo al propietario o a la empresa capitalista. Lo que quiere decir, que este régimen de propiedad tiene la desventaja de desorganizar la familia campesina, de sumirla en la inseguridad y la desesperanza, por mucho que eventualmente, y mientras pueda utilizar la fuerza de trabajo del jefe o miembros de aquélla, le provea de ciertas comodidades materiales y de algunos servicios de carácter sanitario y cultural.

A pesar de esas desventajas evidentes, se impone la necesidad de dar impulso a esta forma de propiedad, a fin de que las fuerzas productivas adquieran mayor desarrollo y se desenvuelvan con amplitud. Este desarrollo de las fuerzas productivas se hace indispensable, no sólo para acabar con las supervivencias feudales en el campo, sino también para aumentar el bajo rendimiento de la producción, mejorar las condiciones alimenticias del pueblo y elevar el nivel de vida de los trabajadores agrícolas.

Pero tal desarrollo no sería posible sin la adopción de formas progresivas de producción, sin el paso de la pequeña explotación campesina, a la agricultura capitalista en gran escala, que permite la aplicación de métodos agrotécnicos modernos y una mejor organización del trabajo.

La mecanización agrícola, el empleo de abonos químicos, de semillas o plantas seleccionadas, la introducción de ganado de calidad, la aplicación, por último, de las ciencias agronómicas, sólo son posibles, en efecto, en las grandes explotaciones de tipo capitalista, más no en las pequeñas propiedades parcelarias, que por su propia naturaleza detienen el desarrollo de las fuerzas productivas.

No desconocemos que esta forma de propiedad, si bien incrementa la producción e impulsa el desarrollo de las fuerzas productivas, en cambio tiene la desventaja de someter a una competencia desigual y muchas veces ruinosa a los pequeños y medianos propietarios, por una parte, y de desarraigar completamente de la tierra al campesino, reduciéndolo a la condición de asalariado, por otra. Todo ello es evidente. Sin embargo, el régimen económico dentro del cual actuamos, impone estos y muchos otros sacrificios más, precisamente para encauzar la sociedad hacia formas de mayor justicia en las relaciones de trabajo y en la convivencia en general, ya que el sistema capitalista no es más que una fase transitoria dentro del proceso histórico de la humanidad. Por eso, algún autor decía con sobrada razón, que "lo mismo en la agricultura que en la industria, sólo se transforma el proceso de producción a costa del "martirologio de los productores".

Dentro de la etapa actual de nuestra revolución, es pues forzoso reconocer el carácter progresista del capitalismo en el campo, "no sólo porque aumenta las fuerzas productivas, sino porque crea la base clasista necesaria para el avance hacia el socialismo".

Si tal es la realidad económica dentro de la cual nos desenvolvemos, no cabe sino admitir la coexistencia de las pequeñas y medianas propiedades con las explotaciones agrícolas de tipo capitalista, cuyo fomento y desarrollo se impone en las actuales circunstancias, especialmente en las zonas orientales del país.

Sin embargo, para atenuar la acción absorbente de esta clase de explotaciones, particularmente la de los grandes consorcios capitalistas, el Estado tendrá que tomar medidas protectoras en favor de los asalariados y pequeños productores. Respecto de los primeros será necesario, desde luego, agruparlos en sindicatos poderosos y bien organizados, no sólo para contraponer esta fuerza a los excesos de las grandes explotaciones capitalistas, sino también para exigir en favor de aquéllos condiciones humanas de trabajo y de vida, consistentes en salarios vitales y progresivos, habitación higiénica, asistencia social, leyes protectoras, por último, en todo similares a las que garantizan el trabajo de los obreros industriales. Y en cuanto a los segundos, o sean los pequeños y medianos propietarios, para precaverlos contra el acaparamiento de sus tierras y la competencia en las condiciones de producción, que puedan ejercer las explotaciones capitalistas, será necesario también agruparlos en cooperativas, para la producción y la comercialización de sus productos, conforme a la voluntad de los campesinos. Estas cooperativas deben ser organizadas en forma espontánea, de acuerdo al principio de "libre adhesión", sin forzar ni violentar en forma alguna a los pequeños productores. Las ventajas del cooperativismo hay que demostrarlas con ejemplos claros y convincentes, por la vía del apoyo fiscal a las formas progresivas de producción creadas por los propios campesinos. "Con respecto a los pequeños campesinos —decía Engels—, nuestra misión consiste ante todo en encauzar su pequeña producción y su propiedad privada hacia una producción cooperativa, no por la fuerza, sino por el ejemplo y brindando la ayuda social necesaria para este fin". (7).

Finalmente convendría, a manera de ensayo cuando menos, la organización de las Granjas del Estado Boliviano (G.E.B.) en tierras fiscales o en predios expropiados a los latifundistas, dentro de zonas fértiles y próximas a los grandes centros urbanos. Estas granjas, dirigidas en forma científica y trabajadas a base de la tecnica maquinista moderna, podrían constituir modelos de explotación agropecuaria y cuyas finalidades prácticas serían las siguientes:

1a.— Demostrar al pueblo, objetivamente, las ventajas del sistema del colectivismo agrario bajo la conducción del Estado, sobre el sistema basado en el régimen de propiedad individual;

2a.— Regular el mercado agropecuario de la respectiva zona, evitando el alza inmoderada de precios y la consiguiente especulación al pueblo trabajador; y

3a.— Contrarrestar la acción avasalladora de las explotaciones agrarias capitalistas, especialmente la de los grandes consorcios que pudieran establecerse en el futuro como avanzadas imperialistas.

(1) Clase social: "agregado de personas que desempeñan un mismo rol en la Producción". (N. Bujarin). "Un grupo de hombres con las mismas condiciones de existencia forma una clase, pero la noción de clase no se reduce a la de riqueza o pobreza. Un proletario puede ganar más que un burgués, y no por eso es menos proletario, porque depende de un patrón y porque su vida no está asegurada ni es independiente. Las condiciones materiales de existencia no están constituídas sólo por el dinero ganado, sino por la función social". (G. Politzer).

(2) José Carlos Mariátegui.— "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana" (2a. edición). Biblioteca "Amauta".— Lima, 1943, pág. 72.

(3) Ob. cit., pág. 37.

(4) Arturo Urquidi.— "Labor Universitaria".— Imprenta Universitaria.— Cochabamba, 1951, pág. 187.

(5) Ob. cit., pág. 36.

(6) "Los grados extensivos son más fáciles de concebir refiriéndolos al elemento tierra, en tanto que los grados propiamente intensivos se aprecian mejor refiriéndolos al trabajo y al capital.

Delos define los sistemas extensivos como aquellos en que los que los practican se atienen principalmente a la productividad natural de la tierra; cuando ponen de su parte poco esfuerzo y hacen muy pocos gastos en la producción; cuando las labores son muy superficiales y no usan o usan muy poca fertilización artificial; como consecuencia de todo esto, el productor bruto unitario de la producción es bajo, aunque el ingreso no sea tan elevado, porque las inversiones y gastos han sido ínfimos. Molí considera como sistemas extensivos aquellos que tienden constante y directamente a la reducción de los gastos de explotación, que obtienen productos brutos pequeños con inversiones también pequeñas.

Estas definiciones son bastante racionales. En efecto, cuando el sistema consiste en dejar lo fundamental a la Naturaleza, escatimando en alto grado el esfuerzo del trabajo y la inversión de gastos, para incrementar la producción y la utilidad, es necesario extenderse en la tierra, repartir en ella cada vez más esparcidamente los elementos que se está dispuesto a poner en cooperación con la Naturaleza, de manera que la intensidad de uso de estos elementos disminuye proporcionalmente a la extensión; siendo lógico que suceda entonces, que, habiendo condiciones favorables en la Naturaleza, las utilidades netas sean muy elevadas, puesto que poco habrá que disminuir del producto bruto por concepto de gastos.

En cambio, en los sistemas intensivos el papel principal lo desempeñan el trabajo y las inversiones costosas; estos dos factores tienden a incrementar el producto bruto, y a superar o dirigir la participación de la Naturaleza".— Gilberto Fabila.— "Economía de la Agricultura".— México, 1937, pág. 600 — 601.

(7) Citado por Ana Rochester en "Lenín y el problema agrario".— Editorial Páginas.- La Habana, 1944, pág. 176.

"La Fronda Aristocrática en Chile" de Edwards Vives

por JORGE SILES SALINAS

QUIEN haya puesto en su vida, como exigente vocación, un afán insobornable de estudiar con rigor, con ánimo entusiasta, con fidelidad, la historia de nuestra América, ha de iniciarse en esta afirmación lastimosa: Hispanoamérica no conoce su historia: es más, Hispanoamérica no ha querido conocer su rico y nobilísimo pasado. Por eso decía el argentino Levene: "La casi totalidad de los escritores de la América española apenas si dedican uno o dos capítulos a un pasado colonial de tres siglos... Con ese enorme vacío la historia resulta inexplicable". Sin duda, la más patética necesidad espiritual de nuestra raza, es que se escriba una historia de los pueblos hispánicos, en su panorámica plenitud, confiriendo así sentido a la individual existencia de cada uno de ellos.

Carecemos de una lúcida visión de nuestro pasado, el cual se ha convertido de esta manera para nosotros, en materia inerte e informe, inaccesible a una resuelta actitud de conciencia. No es mucho, pues, que adoleciendo de una radical desorientación, desprovistos de los instrumentos históricos que permiten una actuación política en grande, nos veamos forzados a limitadas navegaciones, incapaces de abandonar la costa visible de los lugares comunes. En las épocas en que se hace abandono del intelecto, porque las gentes están entregadas a urgencias vitales y prácticas, hacen su aparición los tópicos habituales, desgastados y sin brillo como monedas deslucidas por el roce y la temperie. El pensamiento sudamericano, destituído por largos años de la aptitud de la originalidad, se hallaba vinculado a las rudísimas elucubraciones de un Sarmiento o un Francisco Bilbao Por eso mismo —digámoslo entre paréntesis— tenemos con la Revista de Occidente, la obra editorial de mayor cuantía y de más penetrante influencia en el mundo hispánico, una deuda no pequeña, pues gracias a su ingente labor la cultura sudamericana se liberó de la servidumbre, incalculablemente nociva, del positivismo.

Con las nuevas ideas, se extiende ampliamente en Hispanoamérica una noble preocupación —pareja a la que en España experimentó la generación del 98— acerca de las raíces y el destino de las distintas colectividades nacionales, en particular, o, más ambiciosamente, de la comunidad de las naciones descendientes de España.

"Desdichada la raza, ha dicho Ortega, que no hace un alto en la encrucijada antes de proseguir su ruta, que no se hace un problema de su propia intimidad, que no siente la heroica necesidad de justificar su destino, de volcar claridades sobre su misión en la Historia".

Para que la vida política adquiera plenitud de desarrollo es menester que la facción intelectual del organismo colectivo se haga problema de sí mismo, descienda con coraje a los senos profundos de su ser histórico y saque a luz todo cuanto pueda servir de razón y estímulo para la existencia de la nación, todo cuanto pueda dotarla de destreza política, de entusiasmo y vocación incuestionable. No todos los pueblos practican esta introspección ineludible, bien que las hay, asimismo, que paralizan sus fuerzas torturándose en descifrar la clave de su destino, su misión en lo universal. Más una saludable y serena actitud de conciencia es siempre necesaria para que las naciones se liberen de la obsesión y la inquietud de la política, para que se recobren de la presión de lo cotidiano y aspiren a más amplios escenarios.

No creo que se haya escrito en América una obra de interpretación histórica que pueda ilustrar mejor esta necesaria actitud de indagación y crítica que el ensayo, ya famoso, de Alberto Edwards Vives, "La Fronda Aristocrática en Chile". Si prescindimos de los trabajos de Carlos Pereyra, cuya figura es símbolo de una forma nueva de considerar la historia de América, forma que, sin duda, corresponde a una generación que ha superado los prejuicios de la época liberal, nada se ha escrito tan brillante y persuasivo como el libro que comentamos.

"La Fronda Aristocrática" apareció en 1927. Prosa elegante, manejo correctísimo del idioma, técnica sociológica e histórica de primer orden, en que se revela el recuerdo persistente de Spengler, son, por cierto, los méritos externos más acusados de este libro. Trátase de un estudio denso e inteligente sobre la historia política de Chile, destinada, en primer término, a analizar la intervención de la aristocracia en la formación de la sociedad chilena. Ha actuado ella como fronda, es decir, como foco insumiso y codicioso de poder, frente a las pretensiones centralistas del Gobierno. ¿Habrá que decir por tanto que sólo ha sido factor negativo y de discordia en la evolución de Chile? Por lo contrario, a su inteligencia y tradicional aptitud de Gobierno debe atribuirse la estabilidad política de que ha gozado Chile casi a todo lo largo de su historia republicana. Pues Chile, para Alberto Edwards, es caso aparte en la vida política de la América del Sur. Según él, —y no veo que pueda contradecírsele— mientras las demás repúblicas caían en el caos del caudillaje, en una manifiesta incapacidad de organizarse políticamente, sólo la nación chilena pudo constituirse como Estado "en forma"; denota este giro "no sólo la sucesión regular del Gobierno conforme a un orden jurídico e histórico, sino también la existencia en la sociedad de sentimientos hereditarios, de fuerzas espirituales superiores que constituyen el Estado en un ser viviente, orgánico, provisto de alma colectiva".

Uno de los factores que más insistentemente subraya Edwards como decisivo en la índole dominadora y socialmente fecunda de la aristocracia santiaguina, es su ascendencia vascongada. La limpia ejecutoria vizcaína de la más alta clase social, merced a las características de trabajo y feudal independencia de esta raza, hicieron posible la unidad del pueblo chileno. Recordemos que este hecho le valió a Unamuno para decir que "la Compañía de Jesús y la República de Chile son las dos grandes hazañas del pueblo vascongado".

Permítaseme decir, de paso, que siempre he considerado como la causa primerísima de nuestras convulsiones, de la invertebración social de nuestra patria, el desplazamiento de la vieja aristocracia virreinal, que se produjo a raíz de la declinación política de Chuquisaca, al perder su condición de capital. A partir de entonces, las familias bolivianas de antigua prosapia, o renunciaron a su responsabilidad directora y ejemplar sobre la vida nacional, o quedaron relegadas a una existencia nostálgica, lejana e inoperante, o simplemente se hicieron clase media.

Edwards señala otro carácter de la clase dirigente chilena que me importa considerar. Defensora de la tradición católica, ella pudo hacer frente, con éxito siempre, a los embates de las filosofías anticristianas. Vamos de vuelo y no podemos detenernos; y es lástima que no podamos esperar a contestar esta pregunta: ¿tuvimos acaso en Bolivia una clase dirigente intelectualmente dotada, poseída de un sentimiento religioso responsable, alerta a las desviaciones de la política?

Alberto Edwards no se dejó llevar por los tópicos usaderos sobre el período hispánico virreinal de la historia de América. Contra lo que suele decirse sobre la herencia hispánica de disolución política y de anarquía individualista, Edwards aporta una razón por demás ilustrativa. La "Pax Hispánica", incólume hasta las guerras de la Independencia, dió a los pueblos hispanoamericanos —no por cierto en virtud del despotismo y la acción vigilante de las armas reales— la enseñanza perdurable de la unidad política, del orden y el respeto a la legitimidad. Sólo por obra de esta tradición de tres siglos, Portales, el genio político del "Estado en forma", pudo dar solidez y eficacia histórica a su régimen. Así gracias a la visión superior del célebre ministro, Chile pudo contar con "un Poder nuevo e impersonal, evocación majestuosa del antiguo orden monárquico, un Gobierno erigido otra vez en fuerza moral permanente y obedecida, superior a las facciones políticas y a los prestigios militares". No todas las nuevas Repúblicas contaron con un Portales y así puede decirse que "la monarquía española y sus colonias constituyeron un "Estado en forma"; la mayor parte de las nuevas Repúblicas nacidas de los acontecimientos de 1810, ya no lo constituyen".

Chile fué un caso de excepción. En este hecho fué parte principalísima la relativa pobreza, el atraso en que la antigua Presidencia vivió durante la Colonia, hecho que Edwards ha tenido el mérito de no comparar frívolamente con el caso de las primeras colonias norteamericanas. El relativo atraso del Reino de Chile fué un factor positivo para su ulterior evolución, precisamente porque Chile "había avanzado menos en el camino de la descomposición de su alma histórica", puesto que las concepciones de los filósofos del s. XVIII habían penetrado en Chile en escasa medida y de este modo no fué difícil a la época republicana recoger la fecunda e intacta herencia de la Colonia.

Nada tiene de verdad la frecuente afirmación de que las Repúblicas hispanoamericanas son "países nuevos" y que a su inexperiencia como tales debemos atribuir sus desventuras y turbulencias". "¿No somos acaso —pregunta Edwards— españoles trasladados al suelo de América? ¿Por qué nos habría rejuvenecido el viaje? ¿Es que son nuevas nuestras creencias, nuestras ideas y formas sociales, nuestras artes, nuestra psicología misma? ¿Nos sentimos espiritualmente más jóvenes que los españoles europeos? ¿Existe algún síntoma que revele en nosotros una raza, un pueblo que comienza a vivir las primeras y balbucientes etapas de una civilización en la infancia?".

Pues bien, Portales no puede ser considerado como el fundador de una nación, sino como el restablecedor de las tradiciones de jerárquica disciplina del Virreinato. La etapa más fértil de la era republicana fué en Chile, precisamente, aquella en que la inactividad política y el ciego respeto al mando hicieron de la vida pública chilena "un gran silencio", como dice Edwards. Tuvo pues este período histórico su vertiente fecunda, pero también su lado inerte. La estabilidad es valiosa cuando se convierte en el supuesto de una unidad de destino, de una misión consciente en lo universal; más, la estabilidad vista por su lado o facción inerte, puede hacer pensar como dice P. Laín Entralgo, que "aunque la calma y el aislamiento fuesen posibles, no sé si llegarían a ser convenientes. Chile está necesitando un ademán brioso, elástico; un gesto histórico mediante el cual, sin perder la paz interna y externa, deje la calma tradicional y cree los cauces que sus magníficas dotes espirituales y geográficas requieren. Nótese allí la falta de lo que la retórica modernista de hace unos lustros llamaba "una bella locura".

No podría desde ahora avizorarse en qué pudiera tal colectiva empresa consistir; más sí cabe anhelar que ese futuro ágil y brioso que espera Laín de Chile sea entrañablemente compartido por nuestra Patria, para que unidas reciamente nuestras naciones, superen en definitiva cualquier circunstancial diferencia y se resuelvan a cooperar en el vasto y luminoso destino de la Hispanidad.

CONTRABANDO

CUENTO

por

RAUL BOTELHO GOSALVEZ

El viento de las cimas, luego de rizar a manotazos la superficie del Titicaca, se iba a perderse en violentas y aullantes andanadas encima de los riscales del cerro. En la orilla, donde las aguas pulieron durante siglos el peñasco acantilado que formaba una estrecha bahía, la resaca dejaba acostarse, con fulminante agotamiento, los enfurecidos escuadrones del oleaje cuyos penachos de espuma iban como voladores copos a perderse viento arriba.

Alrededor todo era una negrura compacta, como una pena arrinconada en el corazón de Pedro Lloke, cuando el indio llegó al varadero en que estaba la balsa que él mismo había construido seis meses antes con totora de las orillas amarrada en espesos manojos por medio de cuerdas de paja trenzada.

Bajo la escasa luz del farol donde un pabilo tiritaba tras el vidrio, Pedro se sacó las ojotas y se las colgó al cuello, sobre el poncho recogido; remangó hasta los muslos su pantalón de bayeta y luego escupió la palma de sus callosas manos, para empujar la pesada embarcación hacia una ensenada de totoras. Ponía el fornido hombro contra la frágil curva de la popa y avanzaba lentamente, chapoteando sobre el fango semihelado. Pronto el agua sobrepasó sus rodillas y la balsa, libre de los grumos del lodo orillero y la densa red de raíces, balanceaba suavemente, sin trabas. Pedro de un impulso trepó sobre la balsa y cogiendo de cubierta una larga pértiga de madera, impulsó la embarcación hacia las abiertas y agitadas aguas cercanas.

Al extremo del canal se detuvo y miró la sombra gruñidora del lago; luego volvió la cara a la costa donde se levantaba, abrigada contra el cerro, su pequeña chujlla de pescador, pero no distinguió nada en el telón proceloso.

Tras de asegurar la pértiga en medio de la balsa, a modo de palo mayor, Lloke izó la vela de totora, mientras el primitivo navío se bamboleaba a impulsos del oleaje; pero cuando la vela recibió el empuje del ventarrón, se alejó cabeceando con gravedad marinera, lago adentro, rumbo a la lejana costa del Perú, muchos kilómetros al oeste donde en las noches tranquilas se mira brillar las luces de Yunguyo, Pomata, Ilave, Juli y de los ayllus costeros, contra la negra sombra serrana.

El viento, al dar en la vela, torcía el palo para adelante, templando con fuerza las cuerdas que le sujetaban de popa a proa. Lloke sabía que mientras las aguas estuvieran limpias, no había peligro de que zafase o partiera por el medio; pero si tenía la desgracia de encontrar bajo la ciega quilla un camalote de légamo y flotantes raíces de enea, la cuestión se volvería grave, pues agua gruesa y viento fuerte son demasiadas palabras para una pequeña balsa de totora, cisne amarillo navegante de aguas tranquilas; y si a eso se agregaba el imprevisto lastre de muchos quintales de cargazo lacustre, lo probable era que la vela se despedazase o el palo se rompa en dos, dejando a la deriva la embarcación.

Se acomodó tras el palo, sentado con las piernas abiertas y los pies afirmados contra las anchas y redondas bordas. Amarró a su costado un pequeño atado de lana de vicuña, apagó el farol y en seguida contrajo toda su atención en las tirantes cuerdas de la vela, cuyos cabos había envuelto en sus manos para pilotear mejor.

Al sentir cómo durante largo tiempo la balsa se deslizaba sin tropiezos. "Va yendo la cosa...", pensó. En realidad su decisión no costó mucho, pues no tenía otra salida. Acorralado por la pobreza y la enfermedad de su hijo, no encontró más escapatoria que la que le ofrecían las anchas aguas que desde niño había recorrido al lado de su padre, balsero como él, y silencioso y astuto como tiene que ser un buen pescador del Titicaca.

Aquella tarde se precipitaron los hechos cuando tata Ramón Kespi, tras de apurar el resto de aguardiente que aún restaba en el fondo del jarro, abandonó la chujlla dejando tras de su sombra emponchada un remolino de angustia en el corazón de Pedro Lloke. Toda su infusa ciencia de yatiri quedó agotada. Convocó a las potencias que creía infalibles; ofrendó a la Pachamama simbólicos presentes; esparció en lo alto de los cerros manojos de coca regada con alcohol, en homenaje a los Achachilas cuya ronca voz dialoga en el viento del atardecer. En sucesivas sesiones de magia y curanderismo trató por medio de manipuleos y rudas fricciones con acres humos, de ahuyentar del raquítico y febril cuerpecillo de Juanchito Lloke, hijo de Pedro, los malos espíritus de la enfermedad. Pero fué en vano y hasta contraproducente, pues la calentura subió y devolvía los alimentos que Wara, su madre, le preparaba. Por último a mediodía perdió el conocimiento. Tata Ramón confesó su fracaso. El yokalla debía ser llevado sin tardanza al brujo blanco de la ciudad, quien sin duda lo curaría pinchándole en brazos y nalgas y dándole a beber alguna milagrosa poción. El ya no podía hacer nada más; el maleficio causado al niño por algún desconocido enemigo de los Lloke era demasiado resistente.

Cuando tata Ramón se perdió al extremo de un largo y chato muro de piedras, delante de la esquelética y trotona figura de su perro, Pedro abandonó la puerta de la chujlla y regresó al seno de la habitación. Se acercó al lecho tendido en el suelo sobre dos hileras de adobes donde yacía su pequeño hijo envuelto en deshilachadas mantas y ponchos, sobre los cueros de oveja; allí se detuvo a contemplarlo con impotente tristeza. Mama Wara, en un extremo del cuarto apenas alumbrado por la lechosa luz de la puerta y la titilante vela de sebo puesta bajo la oleografía de la Virgen de Copacabana, sujetada en la pared por un grueso espino, vigilaba el brasero con la olla de barro donde hervía el peske de quinua y, al propio tiempo, devanaba hilo de lana.

"¡Noche negra!", de súbito exclamó en voz alta Pedro Lloke, interrumpiendo sus frescos recuerdos. La balsa surcaba la sombra, tirada por invisibles manos; ora se inclinaba a un lado, ora a otro, crujiendo por las junturas. Lloke oía de modo intermitente el soplido del viento contra el palo y con ansias mucho estiradas hacia la vela, hinchada y sacudida por los embates, esperando que como hasta entonces sólo hubiese buen viento y aguas limpias... No importaba que la balsa corcovease como un potro chúcaro atravesando los deslizantes promontorios acuáticos; todo eso está bien porque ayudaba a viajar. ¡Qué distinto sería si una calma chicha, bajo un cielo claro y sin viento, lleno de maravillosos y marchantes cuajarones de estrellas, le obligase a remar con la pértiga, avanzando de modo terriblemente lento! ¡Cuán hermoso era, además, sentir la cercana presencia de la tormenta... ¡Ojalá que no se descargara en chaparrones sobre su cabeza! Hermoso en verdad, porque la podía pulsar mejor aquí, en el convulsivo sacudimiento del agua helada que al romperse en dos frente a la balsa le lanzaba un millón de microscópicas gotas que morían en su cara de bronce, quemada por el sol del ande y los vientos cimarrones del Altiplano.

Casi dos horas habían transcurrido desde que abandonara la costa. Pedro Lloke inmovilizado tras de la vela, decidió echarle un trago y un buen puñado de hojas de coca. Había mucho frío indudablemente, pues ni poncho ni ruana alcanzan a calentar cuando hay que estarse paralizado, puesto al viento frío y a las salpicaduras congeladas.

Para no variar el rumbo fué alargando cuidadosamente la cuerda derecha hasta lograr alcanzar bajo el poncho el bolsillo del saco donde guardaba la pequeña botella de alcohol. Retiró con los dientes el tapón de corcho y tomó un largo sorbo; en seguida, mirando a la oscuridad donde presentía la combada brazada de la vela, devolvió la botella al bolsillo y procuró retirar la chuspa de lana donde estaban la coca, la llujta para el aculli, pero un repentino tirón le arrancó de la mano la cuerda derecha que fué a chicotear contra el palo, ante el flamear del amarillento trapecio de la vela. "Mierrr...das!!!, gritó el balsero y se incorporó junto al palo, ciego en la oscuridad. La balsa, la vela ladeada, chasqueando en el viento furioso, se torció por completo. Manoteando a tientas, Lloke logró sin embargo asir la cuerda suelta y echando atrás su fornido cuerpo, volvió a equilibrar la embarcación, controlando poco a poco la dirección de la vela. Y otra vez, como al principio, la balsa cortó el agua sacudida por las torpes manos del viento.

Pedro se acomodó de nuevo en la misma postura de antes y con más cuidado buscó la bolsa de coca. Pellizcó rápidamente un montón de hojas y las acomodó en su boca, aprensándolas contra el paladar hasta que se humedecieran para poder morder el trocito alcalino que procura al aculli extraña y adormecedora dulzura.

En la oscuridad escuchó furiosos gritos de aves acuáticas despertadas. Era un camalote que pasaba flotando, empujado sobre la superficie como siniestra almadía.

"¿Cómo estará el Juanchito?", se preguntó mentalmente Pedro. "La muerte le está rondando... Ya le ha entrado en el cuerpo" se contestó, molesto y atemorizado de su propio pesimismo. Apretó duramente la dentadura, haciendo resaltar su enérgico mentón kolla "Tata Ramón está muy viejo: ya no sirve para curar nada... Debería morirse él". De nuevo la idea de la muerte entró en su alma y quiso alejarla. Recordó el diálogo de aquella tarde con su mujer. "Wara —le había dicho—, esta noche no voy de pesca. La luz anuncia cambio de viento y acaso haya tormenta al amanecer". Seca y sumisa, como era su modo, mama Wara había contestado: "Está bien, tata: así lo dices". "Estoy pensando mucho... pensando Wara —insistió él— "que esta noche es buena para viajar sin estorbos. Tata Ramón dice que sólo el yatiri de la ciudad puede curar al yokalla... Y para eso necesitamos plata". Después de un momento en que Wara rumió sus ideas, dijo: "Podemos pedir prestado sobre uno de los dos bueyes". Y él había replicado: "Los bueyes no; son lo único que tenemos; hay que preparar la siembra dentro de poco y... ¡claro! Estoy pensando Wara... pensando otra cosa". Su mujer, sin apartar los ojos de la olla hirviente, asintió.

Entonces Pedro se había decidido de golpe. Como esforzándose por largar un secreto, cual si temiera que dentro de la chujlla hubiese un intruso escuchando, se puso en cuclillas cerca de su mujer y le dijo al oído, con aire resuelto: "¡Esta noche pasaré contrabando al Perú! Llevaré la lana de vicuña que habíamos juntado para que tejas dos ponchos... Eso se vende fácilmente". Su mujer, de momento no dijo nada; al cabo de un rato expresó: "¿Y si te agarran los aduaneros?". "Con tormenta no hay aduana: la patrulla no sale cuando el agua está picada, menos cuando el viento corta la cara como hielo. Además casi nunca detienen a los pobres balseros como yo, porque buscan presas más grandes, botes de alto palo donde caben muchas bolsas de harina y azúcar, pacas de lana y tambores de coca". "Dios dirá...", repuso por último, mama Wara. Pedro sabía que ella nunca quiso que fuera contrabandista como otros balseros del lago. En la fiesta de Santiago, cuando se emborracharon en el pueblo, con orgullo la había escuchado decir en la casa del preste Limachi, que él, Pedro Lloque, era un hombre honrado, un macho verdadero. Después... después Juanchito les interrumpió lanzando un grito de pájaro estrangulado. Debatía sus flacos bracitos golpeando el viciado y negro aire de la choza. Le acarició la frente ardorosa de fiebre. Mama Wara, a los pies, procuraba arroparlo. Un instante más tarde el niño volvió a quedar quieto, sumergido en los huraños limbos de la inconsciencia, mientras su madre zollipaba en silencio, apretándose la boca con las manos. Y ahora estaba aquí... "La cosa iba yendo".

El viento comenzó a aumentar. Hasta entonces solo había sido fuerte, ahora era brutal. Silbando un monorrítmico, bravo son igual a un pututu de guerra, lograba curvar como un arco la redonda vertical del palo mayor. El agua, saltante y salvaje, entraba por las dos bandas mojando la cubierta de la balsa.

Lloke pensó que lo mejor sería arriar la vela y esperar a que pásase la racha, pues un golpe de viento mal resistido, podía voltear panza arriba, como un gran pez muerto, la pequeña balsa, y se arrimó al palo pretendiendo bajar la vela. Sus manos palparon en ese instante el atado de lana de vicuña y como si su solo contacto lo devolviese al mundo de la aventura, al riesgo de la realidad mientras en su boca todo el dulzor del aculli se volvía como hiel, con sombría cólera volvió a su sitio y aguantó el temporal.

Puso sus sentidos, estimulados por la nueva lucha, en la maniobra, anhelando con fervor que la desvalida embarcación resistiera. Entre tanto, a notable velocidad, la balsa agarrada por las rachas iba de tumbo, en tumbo, dejando una silenciosa estela.

Clavados los ojos negros, de cortas y rectas pestañas, en la distancia a oscura e impedida, Pedro Lloke sólo tenía un propósito firme: llegar a la costa peruana. ¡Llegar en cualquier forma! Vencer la oposición de las aguas y del viento conflagrados contra él en aquella cuenca solitaria y estremecida. En realidad toda su esperanza estaba puesta en la resistencia del palo, fuerte churqui duro como piedra, y en la flexible y delicada urdiembre de totora de la vela. En cuanto a la balsa, siempre flotaría, aunque él cayese al agua para ahogarse sin remedio, porque ningún balsero sabe nadar y nadie resiste la glacial temperatura del agua...

Firme el pulso, hinchados bajo la humilde ropa sus biceps de atleta, el balsero se sumergió en su obsesión, sin distraerse más... ¡Avanzar... avanzar...! Con los brazos abiertos y tirantes por las cuerdas permaneció largas horas, hasta que en oriente, donde cabalgan los gigantes de la cordillera, comenzó a apuntar una leve cinta de ámbar. El viento declinó rápidamente y las nubes se estancaron arriba, preñadas de lluvias.

La sombra huía. Pedro, con ambos brazos envarados por la larga tensión agotadora, tiritando de frío bajo el poncho mojado, alcanzó al fin la costa y doblando la punta de un pequeño cabo roqueño, enfiló hacia la playa. Allí bajo la vela, sujetó la balsa a un peñón de la orilla y se encaminó resueltamente tierra adentro, hacia un ayllu donde tenía amigos. No había nadie en la vecindad.

Mientras marchaba a largos trancos, Lloke sentía una suerte de alegre hinchazón dentro del pecho. Aún en medio de su pena, estaba como satisfecho de comprobar de que él pudo atreverse con la cólera del lago y salir vencedor.

* * *

Una amargura sin límites, como si la frustración le deribara el alma si la frustración le derribara el alma erguida por la victoria, ganó enteramente a Pedro Lloke apenas su balsa, lentamente impulsada por la pértiga durante casi todo el día en que el viento estuvo paralizado bajo el cielo plomizo y avariento, que no largó ni una gota de agua, enfiló por el canal de totora que llevaba al varadero. Allí arriba, donde la luz de la tarde ponía un extraño matiz a los objetos, divisaba el perfil del árbol tiezuelo desnudo, adelante de la chujlla familiar, plantado en medio de palla. En torno se movían bultos negros. Pensó al comienzo que se trataba de los bueyes que andaban sueltos, pero después ya no pudo engañarse más, era inútil. A medida que avanzaba distinguía mejor. Era gente amiga, labradores y balseros vecinos, vestidos con poncho negro y mujeres tocadas con mantas negras... ¡Negros ponchos, mantas negras! ¿Para qué ilusionarse más? Al irse había dejado en su casa instalada a la enfermedad, ocupando las cuatro esquinas del cuarto con su aliento mortal; ahora la muerte salía a recibirlo vestida de luto. Era el duelo por su hijo, el pobre Juanchito que no pudo esperar más.

Atracó la balsa en el barro y mordiendo su amargo desconsuelo, subió penosamente la cuesta del cerro. Contra su pecho, como un despojo, traía un puñado de oilletes con los que ya no podría rescatar nunca la vida de su hijo.

Montevideo, 1953.

EL PRIMER SALON DE ARTES PLASTICAS DE COCHABAMBA

por AUGUSTO GUZMAN

El Primer Salón de Arte, presentado en el curso de esta semana por la Sociedad de Artistas Plásticos de esta ciudad, en el local de la Escuela de Artes Plásticas, significa nada menos que la reunión de 21 artistas locales en más de ochenta trabajos, cuya descripción estimativa por pieza sería cosa de no acabar y mucho menos en un artículo de prensa. La Sociedad auspiciadora ha logrado reunir en las cuatro salas de la Escuela, un conjunto respetable por su número aunque de calidad desigual. La mayor parte de las firmas son conocidas y apreciadas, pero de un modo general la muestra acusa diversidad de estilos personales que no logran en momento alguno señalar la vigencia predominante de una tendencia de inspiración colectiva para los artistas. Se diría que cada quien es y desea ser él mismo, diferenciado de los demás por el dibujo, la línea, el color, la composición. A veces en alguno que otro cuadro de pintores modernos se logra sorprender el ritmo y el movimiento de la técnica "indoamericana" de Guzmán de Rojas, pero esto mismo solamente en las líneas, en los trazos de contornos, así fueran esenciales, pero ya no en el color.

El Salón no nos da arte revolucionario, vanguardista, social, clásico, impresionista, subjetivista, naturalista o simplemente moderno de manera general. Nos da más bien con acabada espontaneidad y sencillez mediterráneas: arte de cada artista. Como se trata de una muestra de expositores libres sin orientación definida de conjunto tenemos que despacharnos por nuestra parte, en este comentario, paralelamente con impresiones aisladas en cuanto a autores y obras sin generalizar juicios frente a la patente diversidad individual que caracteriza a este primer Salón de artistas cochabambinos.

RAUL PRADA.— El maestro de los pintores cochabambinos ha concurrido a la muestra solamente con dos óleos. El bello cuadro "Machupijchu", propiedad del Club Social, está disminuído en los efectos de perspectiva por falta de un buen marco que la institución ya debía hacerle colocar, y de los mejores, porque el notable cuadro lo merece siquiera sea para decorar mejor la chimenea del comedor donde se lo exhibe. El otro óleo, también de Machupijchu, es de una belleza rara, sumamente original en la coloración simple de verdes oscuros y blancos. La piedra escalonada tiene una pálida vibración de fuerza marfileña.

ALEJANDRO GUARDIA.— Las tres cabezas presentadas por el escultor más conocido de Cochabamba, son obras logradas que valen no sólo como efigies en bulto, sino como estudios fisonómicos de acusada penetración psicológica. Guardia debiera darse más tiempo para más obra en este capítulo de sus creaciones artísticas.

VICTOR ARZE GONGORA.— Tres óleos y dos acuarelas. Este es un pintor que trabaja. Y por la tenacidad fanática con que lo hace, está llamado a dejar una obra grande en tamaño y significación. No está buscando más el camino para llegar sino que ha llegado ya y puede considerársele un consagrado entre los es de una clara poesía de alturas cordilleranas. Aire liviano, sutil, delgado, frío. Majestad de montaña y callada profundidad de quiebra desnuda. Sinfonía impresionista de los Andes. Y lo mejor que trae es que no trae hielos ni nieves en primer plano. "Casa de Pilatos", magistral. "Machupijchu", cetrino y rudo y pleno de oscura fuerza telúrica. Las acuarelas, buenas sin reserva.

LUIS BAYA.— Seis óleos en que campea el antiguo profesor de Dibujo del colegio Sucre, sus virtudes de retratista y paisajista. Entre sus obras el retrato de Alejandro Guardia es la de más carácter y maestría. Ello no quiere decir que sus otros trabajos desmerezcan. Todas las suyas son obras que, dentro su marco de fiel realismo, revelan talento pictórico. Pincel seguro, firme. Califica con destreza los detalles de la composición si bien preferentemente es amigo de componer temas de quietud y reposo y no de movimiento.

GERMAN VILLAZON.— Diestro pintor muralista en tonos leves y discretos, ha presentado cuadros originales. Su caseína "Paisaje Altiplánico" es de una atrevida concepción intelectualista. Violencia de líneas y armoniosa combinación de colores decorativos. Nos da una visión angular, vertical y quebrada del Altiplano boliviano. Este cuadro sera discutido pero no descartado como una invención cualquiera. "La riada" expresa fiel y bellamente esa concentración humana de alma y carne a la orilla del desastre, gesto de dolor y de impotencia. "Vallunas", agradable por el donaire de los cuerpos mestizos, los ojos y la sonrisa.

DANIEL PENA SARMIENTO.- De los cinco óleos tres son excelentes aunque mal nominados. Un buen nombre no hace el cuadro pero ayuda mucho. Su "Nublado" por ejemplo es de una hermosa y vibrante claridad. Simpática, atrayente la fila de los sauces castellanos pero el nombre "Las Cuadras" no sugiere nada porque la composición no es regional. El "Mauka Punata" se muestra deficiente al punto de parecer inconcluso por falta de pintura. Y el "Estanque", es un capricho desagradable que nada tiene que ver con el talento artístico de Peña.

SIMON HEREDIA.— "Trilla en Vacas" un óleo estupendo, con su atmósfera cruda su animado movimiento circular y su extraña coloración, indefinible. La acuarela "Paisaje" muy buena. Las otras dos acuarelas difíciles, no convencen.

MARIO UNZUETA.— El buen pintor de runas y de imillas, colorista penetrante, ahora se dedica a pintar parajes de pura naturaleza, sin gente. Entre sus cuatro buenas muestras nos gustan más "Valle de Cliza" y "El Rosal". Son cuadros de abonanzada perspectiva. Suavidad de luces y de sombras. Está haciendo óleos que parecen de pastel o tiza. Juega diestramente con oro y sepia y algo de verde. Como variación está bien, pero no le conviene mucho abandonar la gama de colores de su vieja paleta.

MARCIAL PEREDO.— Por su amor a la luz es un impresionista auténtico. Todos los colores vibran con pulida calificación en sus cuadros. "Mañana de sol" es de una belleza tranquila. Montaña, campo y aire puro armonizan suavemente en atractivo consorcio.

RAQUEL AYAVIRI GONZALEZ.- Dos óleos del paisaje aledaño del cerro de San Pedro Claros, serenos, frescos. Buenas copias de naturaleza. Especialmente el "Estanque" como cuadro documental de un paraje muy conocido hasta hace pocos años, tiene valor.

LUIS CASTILLO.— Sus mejores aguafuertes de grabador "Patio Conventual" y "San Blas" de Potosí y Cuzco respectivamente.

JORGE DONOSO TORRES.- Pulido y brillante como siempre está mejor en sus cuadros "Nieve, viento y sol" linda fantasía y el documental "La campana de la Libertad".

JOSE ANTONIO QUIROGA.— Adhesión obsesiva al detalle en sus óleos, parece no cansarse nunca.

OCTAVIO SALAMANCA.— Motivos del pasado. Sobresale en calidad su "Parque Botánico".

ANDRES UZEDA OCAMPO.— "Tunari" y "Ticti" son dos acuarelas valiosas, de muy buen gusto.

GUILLERMO RIVERO.— Con su grabado "Ucureña" ha creado la única alusión documental a la Revolución Nacional y solamente con referencia a la Reforma Agraria. De modo general el tema político no ha entrado en la exposición, quiero decir el tema o los temas de la Revolución.

Para terminar este rápido inventario cuya abundancia de trabajos no nos ha permitido detenernos individualmente en algunos que merecían mayor estudio, expresamos a los organizadores del Primer Salón nuestra más sincera congratulación por haber brindado al público cochabambino la oportunidad de apreciar el desarrollo del arte plástico en nuestro distrito de tierra [illegible] p[illegible]ar su nota.

JUAN SIN CIELO

por

JORGE CARRERA ANDRADE

Juan me llamo, Juan Todos, habitante
de la tierra, más bien su prisionero,
sombra vestida, polvo caminante,
el igual a los otros, Juan Cordero.

Sólo mi mano para cada cosa
—mover la rueda, hallar hondos metales—
mi servidora para asir la rosa
y hacer girar las llaves terrenales.

Mi propiedad labrada en pleno cielo
—un gran lote de nubes era mío—
me pagaba en azul, en paz, en vuelo
y ese cielo en añicos: el rocío.

Mi hacienda era el espacio sin linderos
—oh territorio azul siempre sembrado
de maizales cargados de luceros—
y el rebaño de nubes, mi ganado.

Labradores los pájaros; el día
mi granero de par en par, abierto
con mieses y naranjas de alegría.
Maduraba el poniente como un huerto.

Mercaderes de espejos, cazadores
de ángeles llegaron con su espada
y, a cambio de mi hacienda—mar de flores
me dieron abalorios, humo, nada...

Los verdugos de cisnes, monederos
falsos de las palabras, enlutados,
saquearon mis trojes de luceros,
escombros hoy de luna congelados.

Perdí mi granja azul, perdí la altura
—reses de nubes, luz recién sembrada—
¡toda una celestial agricultura
en el vacío espacio sepultada!

Del oro del poniente perdí el plano
—Juan es mi nombre, Juan Desposeído—
En lugar del rocío hallé el gusano
¡un tesoro de siglos he perdido!

Es sólo un peso azul lo que ha quedado
sobre mis hombros, cúpula de hielo...
Soy Juan y nada más, el desolado
herido universal, soy Juan sin Cielo.

LOS PROBLEMAS DEL CINE EN HISPANOAMERICA

por MARIANO PEÑALVERSIMO

El artículo de Mariano Peñalver Simó, periodista cinematográfico informado y culto, constituye sin dudas un estudio abundante de ideas y observaciones penetantes sobre los problemas del cine en nuestra América. Es probable que en su registro de producciones sobresalientes de la cinematografía americana se adviertan algunas omisiones, pero lo sustancial son los juicios en él contenidos acerca del cine como espectáculo, como industria y como arte. La segunda parte de este interesante trabajo aparecerá en nuestra próxima edición.

EL cine nace como espectáculo, más tarde se transforma en oficio; a veces logra ser arte; pero sobre todo, y desde otro punto de vista, el cine es un hábito que ha alcanzado la categoría de hecho social.

La pretendida crisis del cine —en la que tanto se ha insistido últimamente— no ha impedido que su industria siga figurando entre las primeras del mundo, por su volumen e importancia. Una industria destinada a satisfacer una insustituible necesidad de las gentes de hoy. Una industria que sostiene y procura económicamente un espectáculo que se ha convertido en vicio.

Como entretenimiento, el cine ha llegado a ser en nuestros días el espectáculo que mayor atracción ejerce sobre la generalidad de las gentes. Como industria, desarrolla una potencia económica que en países como Estados Unidos, lo han colocado en el tercer lugar. Como medio de expresión, es capaz de superar la etapa del mero oficio y convertirse en arte; esto es: en expresión subordinada a un fin estético.

Espectáculo, industria y arte. Son los tres puntos de vista desde los que puede ser observado el fenómeno del cine. Son puntos de vista y no partes esenciales a su íntima naturaleza. El Cine no es sólo un espectáculo, ni una industria sólo, ni sólo un arte. Ni es tampoco la fusión de estas tres cosas. Es algo que está fuera y dentro de todo esto, y que precisa ser mirado con una visión distinta a la que utilizaría un sociólogo ante un espectáculo, un economista ante una industria o un filósofo ante un arte.

A nosotros nos interesan las tres facetas que hemos señalado porque todas ellas constituyen un problema auténtico dentro del panorama social de la América hispana. Son tres problemas insoslayables que, estudiados separadamente, nos llevarían muy lejos, pero que mirados en conjunto nos obligan a afirmar que el fenómeno del cine, sea espectáculo o sea arte, es, indudablemente, un hecho que ha adquirido la importancia de realidad social. Y esta concepción nos salva de las difíciles y muchas veces estériles discusiones sobre la naturaleza del cine, sobre su categoría artística e intelectual, sobre su validez estética o expresiva, etc. El cine, insistimos, es, se dude o no de su naturaleza, una auténtica realidad social.

EL CINE Y SU INFLUENCIA EN LAS MASAS

Así considerado, el fenómeno del cine se nos aparece como un hecho que es necesario observar. Y en esta observación, lo primero que se nos plantea es el rasgo señaladísimo de su influencia en las masas. Influencia que está en razón directa de la potencia "impresiva" del film y en razón inversa de la capacidad crítica del espectador.

Y hablamos de impresión, y no de expresión cinematográfica, porque, como apunta Wilfrid Upson, Vicepresidente de la **Catolic Film Society**, de Londres, la verdadera fuerza de una película radica, más que en la maestría de la expresión cinematográfica, en la impresión que tal expresión produce. Esto, que en un plano puramente teórico podía producirnos cierto desagrado, es, en la práctica, absolutamente real e incluso válido si aceptamos las sugerencias del mismo Wilfrid Upson condensadas en el título de su artículo **La expresión como medio de impresión.**

Y esta impresión se debe a multitud de factores de todas clases, pero que tienen un destino común: dar la sensación de realidad y, con ella, conseguir que el espectador olvide que lo que ve en la pantalla es una proyección cinematográfica. Cuanto menor sea la diferencia entre la realidad de la película y la realidad de cada día, mayor poder de absorción tendrá aquélla respecto a la realidad concreta del momento. Y con mayor rapidez se realizará la incorporación del espectador a la vida ficticia que transcurre en la pantalla. Una incorporación activa que participará en la acción sabiéndola presente, inmediata, sentida allí mismo. Por eso, afirma Agostino Gemelli: "el arte del cineasta es el arte del tiempo".

Y a esta incorporación del espectador dentro de la acción desarrollada en el presente, va a contribuir un hecho que diferenciará al cine de cualquier otro género narrativo: la absoluta inhibición del autor. El autor aquí no interpreta, presenta sólo, es decir crea. La diferencia con el arte teatral radica en que éste, al contrario del cine, no persigue la realidad concreta, inmediata, sino una realidad intelectualizada, abstracta, ordenada a un fin lógico, en el que lo que menos importa es que se vea el artificio, el andamiaje, siempre que éste no perjudique a la bella estructura de los personajes, a la acción inmaterializada, al diálogo preciso. El teatro es un arte típicamente intelectual, propio de épocas de madurez y de experiencia. El cine es un arte más vital, más concreto, propio de épocas de decadencia y transición.

El espectador en el teatro está ajeno a lo que allí acaece. En el cine es como "solicitado", como dice Gemelli, "por la acción, por la participación en la vida de los personajes y al mismo tiempo, por una vida y unos sentimientos exteriores a la acción del film".

Esta absoluta inmersión en el relato cinematográfico es la que contribuirá, junto a aquella inhibición del autor a que antes nos referíamos, a liberar al espectador de toda sugerencia marginal respecto a los hechos presentados, que no provengan indirectamente de la significación inserta en esos mismos hechos. Tal independencia determinará la libertad de interpretación inherente a todo relato cinematográfico. El espectador sólo percibe los hechos, más su significación es un elemento que él pone libremente. Así, el espectador queda incorporado a la acción en un doble sentido: participando vitalmente en ella, y definiéndola al mismo tiempo según su peculiar criterio, de tal manera que en un plano teórico el espectador de cine se encuentra a la vez encadenado y libre ante el relato fílmico. Encadenado en cuanto es solicitado inmediata y vitalmente por las peripecias de la acción. Libre en cuanto conserva su vida auténtica y concreta, independiente en todo caso de aquella otra vida de artificio que aparece en la pantalla.

En cuanto estas dos fuerzas pierden su equilibrio, algo ha quedado irremediablemente perjudicado. Si la acción absorbe por completo al espectador y éste pierde en absoluto su independencia, el cine se convierte en un estupefaciente cuyos efectos pueden ser terribles aun fuera ya de la sala cinematográfica. Si la acción no logra incorporar ni una parte de la atención del espectador, esto demostrará que la película es mala o ininteligible, o que el espectador es inepto. El primer caso supone un peligro, el segundo un fracaso.

Ese desequilibrio, en perjuicio de la libertad del espectador, justificará la frase de Montherlant: "El cine podía haber sido un maravilloso medio de educación... Pero se ha transformado en uno de los grandes factores de embrutecimiento del siglo XX".

Pero ese mismo poder maligno" asignado al cine está demostrando palpablemente la calidad de su fuerza y la universalidad de su influencia. Porque el cine es hoy un lenguaje universal, que todos comprenden. Un lenguaje que puede y sabe decirnos la verdad. Un lenguaje que es capaz de hacernos sentir la belleza. Recordemos el pensamiento de André Maurois, que decía comentando **La rueé vers l'or**: "es el primer ejemplo desde la "Chanson de Roland" de un poema accesible por igual a todos".

Estos son, pues, los supuestos que determinarán la importancia del fenómeno del cine considerado como realidad social: su enorme difusión, su comprensión fácil, el poder de absorción de su lenguaje y la libertad de interpretación que concede al espectador respecto a los supuestos hechos por él presentados.

La importancia del cine nada contemplamos, pues, en función de su intrínseca naturaleza, sino sólo atendiendo a la trascendencia de su acción y a la universalidad de su influencia.

Particularicemos ahora esta concepción aplicándola, aunque sea someramente, a aquellos tres supuestos —arte, industria, espectáculo—, dentro ya de la peculiar realidad hispanoamericana.

HISPANOAMERICA: EL CINE COMO ARTE

El problema más apremiante que tiene hoy planteado el arte cinematográfico hispanoamericano, es el de conseguir una personalidad en la expresión, un modo propio de decir, de acuerdo con su sentir peculiar. Esto es: un estilo. Es el problema de todo arte nuevo, esto es indudable, pero en Hispanoamérica existe un factor agravante: la influencia estadounidense. Una influencia la mayoría de las veces voluntariamente aceptada e incluso solicitada, pero no por eso menos absorbente y aguda. Alberto Cavalcanti, el famoso director brasileño, decía no hace mucho refiriéndose a la situación del cine en su país, que el mercado interior estaba saturado de películas norteamericanas. Pero estas películas, entendemos nosotros, venían a llenar el vacío que dejaba el casi inexistente cine brasileño, y en este caso la frecuencia de proyecciones norteamericanas no era sólo una cuestión de preferencias del público, sino una necesidad imperiosa.

Las películas norteamericanas, superiores en calidad y número a las que salían de las casas productoras hispanoamericanas, conquistaron bien pronto el favor de los empresarios y la inclinación del público.

Hoy, cuando Hispanoamérica empieza a sentirse fuerte e importante en el orden internacional, el cine de aquellas tierras no podía por menor de querer salir de una infancia ya demasiado prolongada y sentirse único y distinto, a la altura del mejor cine mundial. El camino es costoso y largo, pero no hay más que uno. Y esto sólo lo han comprendido bien en Méjico y parcialmente en Argentina.

El cine hispanoamericano persigue una universalidad al estilo del mejor cine norteamericano o francés. Pero en el mejor de los casos ese cine es más internacional que universal y más cosmopolita que ecuménico. A veces esa falsa universalidad se consigue manejando ambientes y hombres extraños al propio país; otras, y esto es peor, haciendo que los hombres y el ambiente del país se comporten como extraños. Recordamos todavía el caso de una película española que se presentó al público con el reclamo de ser la primera cinta española de ambiente internacional. En ella, y en el marco de un lujoso hotel mallorquín repleto de extranjeros, se sucedían una serie de divorcios y adulterios y no recordamos si algún que otro asesinato. Naturalmente, la película fué un fracaso dentro de España y, naturalmente también, fuera, precisamente en los lugares donde esas cosas quizás hubieran podido ocurrir en tales caracteres.

El cine argentino, que empezó modestamente presentando ambiente y tipos genuinamente nacionales, ha llegado a la mayoría de edad, portador de un apreciable bagaje técnico y de una experiencia acrisolada por largos años de paciente aprendizaje. Y en este momento, como dice Antonio Barbero en la **Revista Internacional de Cine**, "abandona sus temas específicos, entrañablemente enraizados en su tierra y en su historia, para embarcarse en la peligrosa aventura de conquistar la pantalla mundial con las mismas comedias que hacían los demás y con las nuevas versiones de unas obras famosas llevadas repetidamente al celuloide en otros países que habían conquistado previamente, con un cine autóctono, la universalidad de sus producciones cinematográficas. Y así, lleva a la pantalla obras como **La Sonata a Kreuter** de Tolstoi, **El abanico de Lady Windermere** de Oscar Wilde, **La mujer gris** de Sudermann y **El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hide** de Stevenson.

Ninguna de estas adaptaciones ha alcanzado el ambicioso propósito que perseguían. Esta puede ser una lección que enseñe a los directores argentinos que su estilo personal, su auténtica personalidad está sobre la tierra y bajo el cielo de su país natal. Y que no han de salir de sus fronteras para alcanzarlo. Argentina cuenta en el ámbito del cine con excelentes directores capaces de profundizar en un camino descubierto en la entraña de su propia nación: Mario Soffici, Luis Saslavsky, Hugo Fregonese, Daniel Tinayre, Ernesto Arancibia, son hombres que poseen una técnica perfecta con la que pueden lanzarse con seguro éxito por la ancha senda de la rica autenticidad argentina.

El caso de Méjico es distinto. El cine azteca supo casi desde sus principios cuál era su misión y dónde se encontraría su victoria. Desde 1937, en que se terminaba de rodar **Allá en el Rancho Grande**, la célebre película de Fernando de Fuentes, hasta nuestros días, con las maravillosas cintas de Emilio Fernández, el cine mejicano ha sabido encontrar en lo racial, en lo típico, y en lo folklórico, la mina inagotable que trasplantada a la pantalla le va a abrir las puertas de todas las salas del mundo. Y así, consiguió hacerse universal a fuerza de sentirse mejicano. Emilio Fernández conoció que cada uno de los hombres de su país era un mundo inagotable de sentimientos, pasiones y esperanzas. Supo descubrirlo primero y después supo decirlo con sencillez; y, sobre todo, con sinceridad, que la verdad es una lengua impresionante que no hay hombre que no entienda. Verdad real o figurada, pero verdad auténtica, humana. El realismo de Vittorio de Sica no es otra cosa que esa misma verdad aplicada a otro continente: es decir, a otros problemas y a otros hombres. Un realismo tan irreal como una pandilla de golfos volando sobre Milán, montados en escobas... puede ser una fantasía pero nunca una mentira. Es el realismo de **La Perla**, de **Río Escondido**, de **Belleza Maldita**.

Méjico es un ejemplo para Hispanoamérica; él ha marcado el camino por el que debe seguir su cine si quiere dar auténticos frutos.

Y Méjico ya los ha conseguido.

LORENZA FELICIANI
COMPLICE DE CAGLIOSTRO

Vertiginosa fué la existencia de la hermosa romana, sacerdotisa de extraños cultos, rival de emperatrices y compañera abnegada que purgó con el encierro su gran amor por el embaucador cuyo fin es aún hoy un misterio.

JOSE BALSAMO, después de permanecer largos años en la farmacia del convento donde él era neófito, desapareció de buenas a primeras, dejando a sus compañeros de encierro sumidos en la desesperación. Cuando llegó a Roma en 1777, se hizo llamar Conde de Cagliostro, y puso buen cuidado en edificar a las gentes con su bien exteriorizada piedad, acreditándose, además, como alquimista y médico. Llevaba consigo una carta de presentación para el gran maestre de la orden de Malta, ante quien había efectuado experiencias sobre la transmutación de metales.

Una tarde, paseando por la plaza de la Trinidad, Cagliostro se detuvo ante el comercio de un fundidor en bronce. En la puerta, pensativa, sumisa en sus ensueños, estaba una hermosa muchacha rubia. Al punto se enamoró de ella. Infructuosamente, primero, dedicóse a hacerle el amor y entrar en relaciones; pero a pesar de su prestancia y la fecundidad de sus recursos de enamorador, nada logró. Entonces resolvió pedir la mano de la beldad esquiva; y como disfrutaba de una aparente posición y de una riqueza fabulosa, los padres cayeron en el engaño y no vacilaron en confiarle la suerte de la muchacha. Y ésta, Lorenza Feliciani, poseía todas las cualidades de una mujer tierna y bien educada, el ideal de un perfecto burgués.

Fué así como la pobre muchacha quedó espantada (tal es el término) cuando se enteró por boca de su esposo de que con su hermosura y candidez debía servirle para sus maquinaciones.

Lorenza se confió a la madre; luego el padre fué puesto al corriente de las singulares proposiciones de su yerno. El hombre, enérgico y categórico, puso en la calle a Cagliostro y se guardó a su hija. Por lo menos, fué su intención que ella quedara bajo su amparo... Pero —¡misterio eterno e insondable del corazón humano!— la joven condesa, fuera por amor, fuera por embeleso, lo cierto es que siguió a su marido: estaba perdida.

Volvemos a encontrar a Cagliostro en Rusia. La joven condesa, cada vez más hermosa, tenía seducido a Potemkine, el favorito de la gran Catalina, y nadie sabe lo que hubiera acaecido como consecuencia de esta aventura si la Emperatriz, que no to- [illegible] de dinero con la orden de abandonar el imperio inmediatamente.

Después de una temporada brillante en Strasburgo, llegaron a París, en 1783. Cagliostro lo hizo precedido por un renombre fabuloso: fabricaba oro, lo prodigaba a todos los desgraciados, curaba eficazmente a cuantos enfermos se le presentaban y no sobraba nada por tan señalados favores. Todo esto y mucho más es lo que decía la gente.

Alquiló un palacete en un rincón elegante de París, rodeando su residencia de hermosos jardines. Allí se dedicó de lleno a sus funciones. Continuó recibiendo a los enfermos y necesitados; los cuales, eso sí, para ser atendidos debían llegarse hasta la residencia del prodigioso conde, pues él jamás se molestaba en salir, ni para ver a un rico ni para salvar la vida a un pobre.

Presentado a la corte, amigo del duque de Orleáns y del cardenal de Rohan, su fama y prestigio cobraron caracteres mundiales. Houdon hizo su busto con esta inscripción "Del amigo de los hombres reconoced los rasgos".

En aquel palacio ocurrían cosas extraordinarias. Lorenza se convirtió en Serafina, gran sacerdotisa de la Masonería Egipcia (fundada por su marido, desde luego) En forma persuasiva emprendió la tarea de hacer conocer a las damas los secretos de la magia. Hizo más aún. Fundó la Logia de Isis, en 1784, con una serie de rituales que, no por pintorescos, sería largo enumerar.

Poco más tarde, los Cagliostro arrendaron en el barrio de Saint - Honoré, bastante desierto en aquella época, una hermosa propiedad, la que se agenciaron en forma teatral. Treinta y seis adeptas fueron las únicas invitadas. Por grupos de seis, se rogaba a las damas que se despojaran de sus vestidos y se revistieran con unas túnicas blancas cerradas por un moño de seda cuyo color variaba según los grupos. Luego se las hizo penetrar en el templo. Se ubicaron en los asientos destinados, y la sacerdotisa (la condesa de Cagliostro), vestida de blanco, sentada en su trono, después de diversos preparativos, hizo un discurso en regla sobre las felicidades que aguardaban a sus catecúmenas. En eso, sentado sobre un globo de cristal, Cagliostro, sumariamente vestido, descendió de la bóveda de la sala y predicó a sus hermanas la libertad de costumbres, de cultivar el espíritu, de practicar la caridad. Las recién iniciadas quedaron entre maravilladas y atónitas y, cuando terminó la ceremonia y fueron sometidas a las pruebas que indicaba la regla pasaron a los salones donde se les sirvió una cena que hizo época en la corte.

Preciso es declarar que entre las [illegible]

Polignac y muchas otras celebradas por su talento y por su belleza.

En aquel palacio había otra sala ricamente amueblada, en medio de la cual una mesa recubierta por una carpeta con cabalísticos bordados, soportaba una gran garrafa de agua en forma de bola. Cagliostro pretendía que los niños preparados y catequizados por Lorenza, podían predecir todo género de sucesos mirando fijamente aquellos recipientes. Mediante una sabia disposición de las cosas y su indiscutible arte en la superchería, Cagliostro llegó a hacer predicciones y decir cosas que causaron profunda impresión entre las gentes.

Vino el famoso asunto del collar, en el cual, según algunos historiadores, para nada intervino. Conocía, es verdad, a los que tomaron parte en el asunto; pero, o adivinó lo que iba a ocurrir o tuvo la fortuna de no precipitarse. Fué arrestado con su esposa y encerrado en la Bastilla el 22 de agosto de 1786; pero, la dulce condesa, el ángel, como se la denominó, fué puesta en libertad a los pocos meses.

Sabido es que Cagliostro, alejado del proceso, fué expulsado de Francia. Se radicó en Londres; pero, como aquella ciudad no le agradaba ni a él ni a ella; tuvo la desdichada ocurrencia de regresar a Roma. Denunciados como fracmasones, la Inquisición arrestó a los dos esposos. El proceso duró largo tiempo; al cabo, Cagliostro fué condenado a la pena de muerte, conmutándosela por la prisión perpetua. Se le encerró en el castillo de Santángelo. Su esposa fué recluída por toda la vida en el convento de Santa Apolínea, donde murió joven aún.

Cuando los franceses llegaron a Roma en 1795, algunos oficiales pensaron en libertar a Cagliostro. Su celda estaba vacía y nadie pudo indicar dónde había ido ni qué se hizo del ilustre taumaturgo.

Las calles de La Paz

Fausto Aldunate

En la región del Puente Negro hay una calle que, partiendo de la Avenida Buenos Aires, sube hacia las colinas aledañas a El Alto, tiene aproximadamente unas tres cuadras, pero puede prolongarse más. Actualmente es un tanto angosta, pero las nuevas casas ya van tomando la línea definitiva.

Esta calle debe su nombre a don Fausto Aldunate, un paceño filántropo, benefactor de los hospitales y célebre por su legado a los Padres de la Buena Muerte. El Alférez del Rey, don Fausto Aldunate, nació en La Paz en 1716, estuvo casado con doña Josefa Peralta, de la que tuvo una hija llamada María Teresa, que ingresó al Convento de las Monjas Carmelitas con espléndida dote, pero tanto la madre como la hija no tuvieron la suerte de gozar de buena salud y murieron relativamente jóvenes, dejando en la soledad al Alférez del Rey, que las recordó y lloró el resto de su vida, hasta que en diciembre de 1754 entregó su alma a Dios.

Como dijimos, don Fausto Aldunate dejó un extenso testamento, en el que se consignaba, fuera de gran cantidad de legados menores, uno a los Padres de la Buena Muerte, consistente en una casa en La Paz, una finca en Yanacachi (Yungas), la finca Trancoma y sus adyacentes Corpaputo y Lípez en Omasuyos, alguna chacarilla en Miraflores y unos solares en La Paz y Viacha.

La Orden de los Padres de la Buena Muerte, que habían establecido en Lima su casa principal, mandaron al Padre Franciscano Paule y a un lego de apellido Saenz, para tomar posesión de los bienes legados y establecer una casa en La Paz, así como para construir un templo. Pero desgraciadamente el Padre Paule encontró que los albaceas tenían grandes dificultades para arreglar las cuentas de la testamentaría y se demoraba la entrega de las propiedades, hasta que el Padre Paule enfermó gravemente y murió en 1775. Ese mismo año vinieron el Padre Zambrana y el Padre Lamas a continuar la obra del Padre Paule; llegaron a establecer que las deudas de la testamentaría eran muy subidas e intrincadas y que el saldo no pasaba de los ochenta mil pesos, pero, con todo, el Padre Zambrana inició los trabajos del templo, y cuando estaba ya casi terminado, se derrumbó, debido principalmente a la mala construcción. Frente a este desastre, se tuvo que vender la finca de Yungas, la chacarilla de Miraflores y los solares de Viacha y La Paz, hipotecar la casa y las fincas del altiplano, al extremo de que, por orden del Rey, el Venerable Cabildo Eclesiástico se tuvo que hacer cargo de la administración de los bienes, y el Padre Zambrana viajó a Lima y luego a España, quedando la casa a cargo del Padre Lamas que falleció al poco tiempo, y a fines de 1798, tuvo que clausurarse la casa de los Padres de la Buena Muerte en La Paz. A los dos años más o menos volvió el Padre Zambrana a reclamar los bienes de la Orden al Cabildo, pero resultó que durante su ausencia, los indios se habían sublevado y ocupado la casa y la finca de Omasuyos, el templo y la casa de Aldunate estaban en ruinas. Tuvo que elevar una queja al Virrey Liniers y cuando parecía que todo este bullado pleito, terminaba ya favorablemente para la causa del Padre Zambrana, sobrevino la Revolución Libertadora, la emancipación del Perú y la creación de Bolivia, quedando el Virreinato del Río de La Plata desligado de conocer las causas y pleitos de la nueva República, y cuando el Padre Zambrana se preparaba para acudir a las nuevas autoridades, una noche al volver de asistir a la larga agonía de uno de sus feligreses, cayó de la mula en la cuesta de Carani y falleció a los pocos días, con lo que terminó toda la gestión de los Padres de la Buena Muerte, y quedaron frustrados PER SECULA los buenos deseos del Alférez don Fausto Aldunate.

R. S. M.

HABLEMOS MAL DE LOS BAULES

SIEMPRE se habla mal de los amigos o se maldice de aquellas cosas que nos son útiles. Nada existe, por ejemplo, más necesario e imprescindible que un buen baúl. Es el compañero fiel y constante que nos seguirá y nos ayudará en las largas y complicadas andanzas. Es bueno, fiel y útil: tres motivos para que nos lamentemos y tengamos que reprocharle algo.

COMO las galeras de felpa, las banderas de seda y los peces de colores, también las valijas y baúles no son otra cosa que accesorios de prestidigitadores.

LAS valijas tienen cuatro lados y cinco dimensiones pero, sea cual fuera su dimensión, una valija resulta siempre pequeña.

POR un fenómeno misterioso, en el momento de rehacer la valija para regresar a casa, ésta no cierra más: sin embargo contiene una cantidad inferior a los objetos que guardamos en ella al salir de casa.

NINGUN ser viviente ni siquiera Paúl Morand o Mauricio Dekobra, son capaces de hacer su valija como es debido. Pero, todos los seres humanos están perfectamente convencidos de que la hacen a la perfección.

LOS únicos baúles que llegan a destino son aquellos que llevan el rótulo equivocado.

EN las valijas y en los baúles se colocan siempre todas aquellas cosas que, en realidad, no sirven para nada.

LOS libros que llevamos dentro de las valijas son los que llegan a [illegible]

ULISES, el más grande de los turistas del mundo, siempre viajó sin valijas y sin baúles.

ES extremadamente peligroso poseer una valija o un baúl; porque al final, un día u otro, uno termina poseído por el insano deseo de servirse de ellos.

EL hombre feliz se reconoce muy fácilmente de los otros: es aquel que ha vendido su valija o su baúl, para comprarse una camisa.

LAS valijas y los baúles concurren a la fecundación de los grandes hoteles y transmiten, en efecto, por el mundo, las etiquetas policromas de los grandes hospedajes, cual si fueran un polen.

INDUSTRIALES llenos de optimismo han intentado perfeccionar la fabricación de maletas, baúles y valijas; pero, naturalmente, no lo han logrado. Los baúles y las valijas no se perfeccionan jamás: siempre necesitarán algo.

LOS baúles y las valijas han sido hechos para viajar; tan cierto es esto, que no tienen ni ruedas ni pies. Son los símbolos integrales de la inercia.

BAULES y valijas son objetos cómodos y grandes sólo cuando están en exhibición, abiertos y vacíos, en las vitrinas de las talabarterías. Un minuto después de adquiridos se tornan estrechos, incómodos, insuficientes.

LOS objetos que van en el fondo del baúl se reconocen inmediatamente por el hecho de que el viajero sólo los recuerda a último momento, cuando ya estaba echándole la llave.

LAS valijas y baúles se abren con facilidad cuando están en el suelo; pero para cerrarlos, siempre es necesaria la colaboración de al- [illegible]